

# **CUADERNOS DEL ARCHIVO**

## **AÑO V (2021), N° 9**

**Publicaciones del Centro DIHA  
(Centro de Documentación de la  
Inmigración de Habla Alemana en la Argentina)**  
Ed. Regula Rohland de Langbehn

### **Comité Editorial**

Ing. Francisco von Wuthenau (Centro DIHA)  
Roberto Liebenthal (Centro DIHA)  
Prof. Laura Carugati (Univ. Nac. De San Martín, UNSAM)  
Dra. Lila Bujaldón de Esteves (CONICET; Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)  
Dr. Roberto Bein (Univ. de Buenos Aires, UBA)

### **Consejo de Redacción**

Lic. Alicia Bernasconi (Univ. del Salvador, Buenos Aires)  
Dr. Benjamin Bryce (University of British Columbia, Canadá)  
Dr. Germán Friedmann (CONICET; UBA)  
Dra. Claudia Garnica de Bertona (Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)  
Dra. Silvia Glocer (UBA, Biblioteca Nacional Dr. Mariano Moreno, Bs. As.)  
Dr. Robert Kelz (Univ. of Memphis, EEUU)  
Dr. Hans Knoll (Univ. Nac. de Córdoba)  
Dr. Arnold Spitta (UNSAM)

# **Luis Fernando Ruez**

Traducciones de Beatriz Romero

## ***Familienchronik ms. Buenos Aires, Charata, 1921-1924***<sup>1</sup>

/215, desde renglón 3/

**[1921]**<sup>2</sup>

Camino al Consulado me atropelló el tranvía. Quién pensaría que hay una ciudad en el mundo donde las calles son tan estrechas que no se lo ve a uno ni siquiera cuando anda por la vereda. Pero nada malo me sucedió.

Quedamos consternados cuando el cónsul se negó a darnos el paso libre a Paraguay. El viaje hacia allí habría costado 480 pesos argentinos para cuatro personas, pero yo no tenía más de 80, de los cuales debía 40 al hotel. La situación era más que crítica. Por primera vez me sentí como un verdadero mendigo, un mendigo castigado por su amor a la patria. Mi mujer y mis hijos hicieron de tripas corazón. Fui al Consulado alemán, donde el doctor Stichel me ofreció un cargo de asistente en el Hospital Alemán<sup>3</sup>. Pero lo rechacé; quería esconderme de la gente, todo el mundo me repugnaba. Me llevó entonces amablemente ante las autoridades de Emigración y me consiguió un pase libre al Chaco argentino. Aun hoy le agradezco este gesto cordial. Yo le había contado abiertamente que era refugiado político. Bien, compré algunos artículos de primera necesidad, como un hacha, una pala y un machete, y esa misma noche —era un viernes— partimos de la estación Retiro rumbo al Chaco con los pasajes costeados por el Estado. Los asientos, de segunda clase, eran cómodos, y nosotros, inmigrantes todos a la Argentina<sup>4</sup>, llenábamos un vagón entero. Debíamos abastecernos por nuestra cuenta, por lo que de los 40 pesos que había tenido en Buenos Aires al llegar a destino no me quedaban más de 30. Y con estos pensaba forjarme una nueva existencia. (Cuando al día de hoy, 1936, imagino la situación de aquel entonces, me parece una locura)<sup>5</sup>.

---

<sup>2</sup> El manuscrito trae aquí en lugar visible y escrito en grande “1922”, pero el texto desmiente esta entrada como errónea.

<sup>3</sup> Las investigaciones de Hans Knoll referentes al doctor Stichel no corroboran lo que aquí recuerda Ruez, véase en este *Cuaderno*, p. 39. (N. de la E.)

<sup>4</sup> El barco en que arribó Ruez desde Hamburgo no está consignado en la base de datos del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA). (N. de la T.)

<sup>5</sup> Este es uno de los comentarios agregados por el autor en ocasión de la copia hecha en 1936 en Misiones, cuando hizo encuadernar un nuevo libro de hojas blancas al que pasó los documentos conservados en el original estropeado durante la estadía en el Chaco y

Mucho trabajo nos costó transbordar el equipaje. Yo era el único que sabía unas palabras de castellano, que había aprendido durante nuestra travesía marítima. Una y otra vez /216/ debí lidiar con el personal de la estación para lograr hacerme de todo mi equipaje. Lo peor fue en Añatuya, donde un *peón*<sup>6</sup> ya había apartado dos cajones, uno de ellos el mío, y no quería en absoluto entender que me pertenecía. Tuvo que intervenir el jefe de estación para que recuperásemos nuestros bienes.

El domingo, a las tres de la tarde, llegamos a Charata.

### **Charata**

La llegada fue demoledora. Habíamos esperado encontrar algo como una administración de colonias con un hotel de inmigrantes y vimos, con espanto, que debíamos valernos por nosotros mismos. El hombre<sup>7</sup> entendió que había cumplido con sus obligaciones sentándonos en el tren en Buenos Aires. Por aquellos tiempos, Charata era una mísera aldea de ranchos de adobe. Para colmo de males, apenas nos apeamos nos invadió una nube de langostas. Eran las primeras que yo y la mayoría de nosotros veíamos en nuestras vidas. Se oscureció el sol; miles volaban alrededor de nuestras cabezas y golpeaban nuestras caras; los niños se escondían a los gritos debajo de las faldas de sus madres; una berlinesa rompió en un llanto desgarrador y nada lograba tranquilizarla. Yo clasificaba el equipaje con los demás hombres, mientras trataba desesperadamente de defenderme de las langostas. Nunca más sufrí una plaga de langostas tanto como esta a nuestra llegada a /217/ Charata, aunque ahora sé que no pasó de ser una pequeña invasión de las que preceden o suceden a la verdadera y que se pasan por alto. Charata no era más que un par de ranchos de adobe pero cada uno era un hotel o un negocio. Éramos los primeros inmigrantes y todos veían en nosotros un buen negocio. Entre las viviendas se encontraba una hostería alemana. El hombre pedía 6 pesos por cabeza, luego 4 pesos por día. Con mi dinero me habría alcanzado para dos días. De todos modos, esto no entraba en consideración para mí, pues mi proyecto era que el Estado me adjudicase un terreno donde instalarme, para lo cual necesitaría los pocos pesos que me quedaban.

Le pedí al jefe de estación que me acondicionara un vagón de carga vacío para pasar la noche, ya que había varios estacionados allí. Los otros miembros de la comitiva fueron al hotel. Pasé el equipaje al vagón y extendí unas mantas. Los niños se durmieron casi enseguida, pero yo pasé la noche revolcándome en el suelo sin poder dormir por las preocupaciones. Mi mujer no dijo una palabra ni derramó una sola lágrima. Otra en las mismas condiciones se habría desesperado.

A la mañana siguiente apareció el dueño alemán de la hostería y me ofreció un cuarto gratis. Opinó que aquí en el Chaco la mercadería valía más que el dinero en efectivo y dado que yo traía once grandes cajones... Esto ni se me había ocurrido. Nos trasladamos, pues, al hotel. El hotelero

---

realizó la copia existente, que por ende se convierte en original a partir de 1936. Véase en este tomo sobre el tema las pp. 98-99. (N. de la T.)

<sup>6</sup> Se transcriben en bastardillas las palabras que el autor usó en castellano. (N. de la T.)

<sup>7</sup> Se refiere al doctor Stichel. (N. de la T.)

estaba edificando. La habitación que nos asignó —y era invierno— tenía cuatro paredes sin revocar. Carecía de ventanas, puertas y piso. El techo estaba previsto para más adelante; desde las alturas el cielo nos miraba, indiferente, en toda su belleza. Ya el primer día le ayudé a la patrona a superar un difícil aborto. Durante su enfermedad, mi mujer se hizo cargo del gobierno de la casa y los quehaceres domésticos a cambio de manutención gratuita. Dios nos ayudó.

Las autoridades nos recibieron atentamente en todo sentido y me propusieron quedarme a trabajar de médico en Charata. Allí ejercía de médico o al menos se hacía pasar por tal un holandés que estaba borracho día y noche. Un personaje de la peor calaña. Acepté la propuesta /218/ y me quedé a vivir en la hostería. La comida y la “habitación” me costaban un peso y medio por día, no poco considerando el mísero alojamiento y la detestable comida. Pero los pacientes no acudían. Los alrededores de Charata estaban prácticamente deshabitados. Me agencié un caballo por vía de trueque —montura ya tenía— y salí a elegirme un terreno del Estado. Aguanté tres semanas en Charata, luego le puse punto final —hoy sé que fue una tontería— y decidí establecerme en el campo, después de vender una pistola por 50 pesos para disponer de dinero. Lo que me indujo a dar el paso fueron ante todo las persecuciones y calumnias malignas del médico holandés. No tenía ganas de andar peleando con él.

Una mañana cargué mis cajones sobre una *chata*, el carrero unció seis caballos a ella, ató el mío a un costado y partimos alegremente al encuentro de nuestro nuevo hogar. El campo que había elegido estaba a 10 kilómetros de Charata. El carrero andaba y andaba. Se hicieron las tres de la tarde y el hombre seguía avanzando en dirección al norte sin hacer caso a mis objeciones. Finalmente desenfundé la pistola, se la acerqué a la sien y lo amenacé con dispararle si no daba la vuelta. Ahí reaccionó. Volvimos a recorrer la huella en sentido contrario hasta que se puso el sol —cerca de las seis— y los caballos ya no resistían. Los desenganchamos, <comimos><sup>8</sup> y preparamos nuestro campamento nocturno en medio de la soledad del Chaco. Dormimos /219/ deliciosamente toda la noche. A la mañana siguiente los caballos habían desaparecido, incluyendo el mío, que nunca recuperé. No tenía un certificado que acreditara que era mío, porque en aquel entonces no sabía que eso era necesario. Tomamos mate y lo acompañamos con nuestras últimas provisiones: el pan seco del barco. En el barco, a instancias de mi mujer, que decía que le daba lástima tirar este buen pan por la borda, habíamos acumulado una bolsa llena. Luego el carrero prometió que iría a buscar los caballos, partió y regresó cuatro semanas más tarde para llevarse la chata. Mucho más tarde supe que el médico holandés lo había sobornado para que nos llevase al norte con los indios o a la estepa desierta, la llamada “Pampa del Infierno”, donde debía dejarnos librados a una muerte segura. En aquel momento estábamos a 60 kilómetros de Charata. Por suerte hallé a un *puestero* a 3 kilómetros de distancia. Era un mestizo que tenía un pozo de agua dulce y hasta allí íbamos a pie para extraer el agua. El hombre mismo con sus animales estaba ausente en aquel tiempo.

<sup>8</sup> Aquí aparece una palabra ilegible en el texto base, completamos por el sentido. (N. de la T.)

Pasaron ocho días en que vivimos exclusivamente a pan seco y agua, hasta que también estos se acabaron. Yo había comprado una bolsa de *kéfir*<sup>9</sup>, alimento excelente para caballos, una especie de mijo, y comimos sopa de *kéfir*, sin sal porque se nos había terminado. Zdenka pasó tres días ayunando hasta empezar a comer. Habría deseado volver sobre mis pasos, pero no podía dejar a mi mujer y mis hijos solos en medio de estas tierras desoladas. Todos los días al alba y antes de anochecer iba de caza. Abundaban los animales salvajes, pero era como si nunca hubiese tenido un arma en la mano, porque erraba todos los tiros. Para no perderme (para el principiante todos los árboles son iguales) siempre teníamos encendida una gran fogata delante de la puerta. No sé cuántas veces me orientó de vuelta al hogar. La *pampa /220/* en la que nos habíamos asentado era hermosa y decidimos quedarnos allí. Fue esta fogata la que un día nos trajo a un mestizo. Vio cuánto esfuerzo nos costaba ir a buscar el agua y nos mostró un lugar donde la encontraríamos. Estaba muy cerca del carro, que habíamos transformado en una especie de barraca. Empezamos a cavar con un bote vacío de mermelada y con cuerdas de [*ilegible*] que atamos unas a otras. Al principio yo cavaba y mi mujer y los niños izaban la tierra en el bote. El pozo llegó a ser vertical, aunque yo no sabía cómo construirlo. A mayor profundidad comenzó a cavar Zdenka mientras yo subía la tierra, ya que cavar era menos agotador. Al alcanzar los 6 metros de profundidad encontramos agua dulce. El agua nunca nos pareció tan deliciosa como en aquella ocasión en que la extrajimos de nuestro primer pozo. Un día llegó un *peón* alemán, vio la miseria en que vivíamos y fue trayéndonos de tanto en tanto batatas y, en ocasiones, carne. También nos indicó a un vecino que vivía a 3 kilómetros de distancia, que nos vendió leche, queso y carne a cambio de mercadería. A partir de allí se inició nuestro ascenso. En quince días habíamos terminado de construir el pozo, aunque tenía la costumbre de hundirse al menos una vez por semana por no estar revestido de madera. No solo aquí se sintió la falta de manos expertas. Después, emprendimos la construcción de la casa. Nos ayudaron los peones de González, el vecino mencionado, a cambio de un traje completo con zapatos, camisa y /221/ calzoncillos. Talamos quinientos árboles y arrastramos los troncos hasta la obra con ayuda de los caballos. El 31 de octubre de 1921 nos mudamos a nuestro nuevo hogar.

Cambiamos joyas, ropa y armas por caballos, arado y provisiones. También reclamaron mis servicios como médico y, como me fue bien con los primeros casos, no tardé en adquirir renombre. Las consultas<sup>10</sup> se pagaban con gallinas, patos, víveres y tortas. También tuve más suerte en la caza porque ya no me gruñían las tripas cuando salía.

Una de estas salidas de caza casi me costó la vida. Mi mujer y yo llevábamos dos días sin comer; los niños habían ingerido el último bocado a la mañana. Con la caza no había tenido suerte. Volví a salir a la noche. Me arrastré pegado al suelo bordeando el bosque; de pronto tropecé con algo blando y

<sup>9</sup> *Kéfir*: se trata de sorgo. Con el nombre de *kafir* es un cereal usado con más frecuencia en la India y África central. (N. de la T.)

<sup>10</sup> *Konsulten* en el original. Es vocablo inexistente en alemán, derivado por contaminación del castellano; *consulta* + la terminación alemana *-en* para plurales. Es típico en alemanes argentinizados usar vocablos en castellano y agregarles desinencias propias de la gramática alemana. (N. de la T.)

caí de plano. Había tropezado con una hermosa corzuela. Para cuando me hube levantado, había desaparecido. Ahí perdí el dominio de mí mismo. Era como si todo se conjurara en mi contra. Llorando a gritos y maldiciendo me tiré al suelo y fui a parar a un montón de blando estiércol porcino. Esto me dio nuevos ánimos. Me arrastré siguiendo la huella de la corzuela, internándome cada vez más en el bosque. De pronto se hizo de noche. En lugar de pasar la noche allí, hice lo peor que podía haber hecho. Calculé que mi casa se encontraba hacia el noroeste y me arrastré trabajosamente en esa dirección, guiándome por las estrellas. Naturalmente, erré el camino. Para no perderse en el bosque hay que ser un indio nativo o, cuanto menos, haber heredado su instinto. Las espinas me rasgaban la ropa y me hacían sangrar. Al rato, afiebrado, caí en un pozo y quedé inmóvil. El bolsillo del saco donde llevaba los cartuchos se había roto y no me quedaban más de cinco en el depósito. Supe luego que nadie había escuchado mis disparos. Habré dormido /222/ un rato cuando desperté de golpe, sintiendo instintivamente que un peligro me acechaba. Me vi entonces frente a dos luces verdosas y olí la fiera. Un tigre, pensé. Intenté apuntar el arma ya que, como viejo soldado que era, seguía sosteniendo mi fusil en la mano aun dormido. Pero fue imposible. No recuerdo bien qué sucedió después. A la tarde del día siguiente unos indios, peones de González que mi mujer había mandado a buscarme, me encontraron, inconsciente, sobre un árbol de quebracho blanco y me llevaron a mi rancho (todavía no teníamos casa), donde una anciana india me cuidó hasta que recuperé la salud. Ella también vio que no teníamos nada que comer y nos proveyó de alimento. Dios le pague esta buena acción. Hace tiempo ya que está en la eternidad; murió un año más tarde en mis brazos. Al “tigre” lo mataron el mismo día en la cueva en que yo había caído. Era un gran ejemplar de aguarazú guazú, el lobo del Chaco.

La casa que acabábamos de construir, además de hermosa, era a prueba de balas. Los troncos de quebracho colorado de 4 metros de altura habían sido enterrados verticalmente en tierra. El entramado del techo era de quebracho blanco. Rellenamos los intersticios con rollos de pasto seco empapado en barro. Luego revocamos todo con barro, tapando el maderamen. Primero cubrimos el armazón del techo con pasto, luego broza, después con una capa de tierra de un metro de espesor alisada a golpes y finalmente con un revoque de adobe (hecho con bosta de vaca). Era absolutamente impermeable. Hubo una ocasión /223/ en que llovió durante nueve días seguidos y no se filtró la menor humedad. La casa disponía de dos ambientes, cada uno de 4 por 4 metros, una cocina y dos galerías. Era fresca en verano y cálida en invierno. Se vivía muy confortablemente en ella.

Charata se pobló de la noche a la mañana. A fines de 1922, habrán sido cinco mil las familias que se habían asentado allí<sup>11</sup>, en su mayoría alemanas. Mi

<sup>11</sup> Este punto ha sido estudiado por Hans Knoll (“El Chaco después de la Primera Guerra Mundial: los colonos alemanes en el ‘Salvaje Oeste’ de la Argentina”. *Cuadernos del Archivo* 7 [2020]: 11-54), nota 52. Charata misma se desarrolla como pueblo “moderno” recién a partir de 1924 con un incremento poblacional casi explosivo, de modo que es muy exagerado el número de cinco mil familias. Para 1922 un folleto de la Secretaría Imperial de la Migración (*Reichswanderungsamt*) se refiere a cuatrocientos colonos alemanes en el lugar (mencionando ya el arribo de Ruez al Chaco). Suponiendo que la población total incluye

prestigio como médico fue en aumento; la gente acudía de lejos y se sumaban mis visitas a enfermos. A menudo volvía tan agotado que mi mujer debía bajarme del caballo porque no me daban las fuerzas para hacerlo por mí mismo.

Como mi clientela aumentaba y la gente insistía en que me mudase más cerca de Charata, cedí, vendí mi propiedad por 500 pesos a un alemán recién llegado y reservé una granja que aun quedaba libre a 6 kilómetros del pueblo. Fue en febrero<sup>12</sup>. ¡No lo hubiese hecho!

**Marzo de 1923.** El lunes a las doce murió nuestro amado hijo, nuestro único varón, Ludwig, como consecuencia de un accidente. Sus últimas palabras fueron: “Veo dos ángeles, mi Jesús, misericordia”.

El día antes había llevado los caballos al bebedero como siempre. Esta vez montaba su burro en lugar del caballo. Otro caballo, que habíamos comprado dos días antes, dio una cox y le produjo ruptura de hígado. El accidente sucedió a las dos de la tarde. (Hoy por hoy, en 1936, cuando recuerdo esto, aún no lo concibo, y nunca lo superé. La herida sigue punzante, aún fresca y /224/ abierta.)

Ludwig descansa en el cementerio de Charata, en la primera hilera pasando la calle que corre a lo largo de las vías del tren.

Dios prodigue a nuestro amado hijo la paz eterna y lo reciba entre sus ángeles. Inclinémonos ante Su inescrutable voluntad.

Cuando íbamos al entierro, el médico holandés pasó en su sulky con gran alboroto y vociferando: “¡Ahora el curandero alemán mató a su propio hijo!”.

Después de la muerte de nuestro muchacho nada nos retuvo en la granja, tan llena de dolorosos recuerdos. Dejé todo como estaba y, por 500 pesos, compré una quinta de 8 hectáreas en el pueblo mismo. Planté algodón, y el primer año (1923) obtuve un ingreso neto de 5.000 pesos.

La caja de seguro por enfermedades de Charata me contrató como médico. Esto me significó mucho trabajo y un ingreso que no estaba a la altura del esfuerzo que debí realizar.

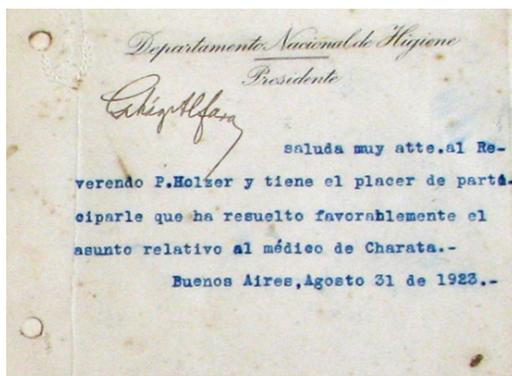
Ya en 1922 había solicitado el “permiso” —la autorización del gobierno para ejercer mi profesión de médico— y presentado la documentación pertinente. Finalmente, el 5 de septiembre de 1923 recibí el telegrama comunicando que me había sido otorgado, y el 6 de octubre /225/ me fue entregado por la policía a cambio de un sellado de 120 pesos. Mi amigo el padre Holzer, un cura redentorista de Buenos Aires, aceleró un poco el trámite; de lo contrario habría demorado aun más<sup>13</sup>.

---

tres veces esta cantidad, llegaríamos a 1.200 colonos, o sea, si incluimos a los colonos sin familia, unas cuatrocientas familias. En un artículo del AT del 21 de octubre de 1925 C. Täuber, que había visitado Charata, se refiere a cinco mil *habitantes* —probablemente no está hablando de toda Colonia General Necochea sino solo del lugar Charata—. Hablar en 1922 de cinco mil *familias* parece, entonces, fantasioso. (N. de la E.)

<sup>12</sup> Ya se refiere a 1923, al que alude recién más abajo. (N. de la E.)

<sup>13</sup> En página 225 está pegada la nota al padre Holzer que se reproduce en el texto, y una foto de la tumba de Ludwig, con texto a mano: “Tumba de Bubi en Charata. Primera hilera pasando la calle (vía férrea)”. (N. de la E.)



/226/

**1923**

El 29 de julio, a las tres de la tarde, Dios nos bendijo con la llegada de un niño al que, en agradecimiento, llamamos Clemente María (Hofbauer)<sup>14</sup>.

El parto fue muy difícil. Poco faltó para que murieran la madre y el niño.

[FOTO, firma:] Nuestra casa en la quinta de Charata, 1924, lugar de nacimiento de Clemente.

Nota agregada<sup>15</sup>: en 1922, Zdenka cayó del caballo con tan mala suerte que durante casi tres meses estuvo totalmente ciega de un ojo y casi ciega del otro.

/227/

**[1924]**

Charata y sus alrededores fueron tomando gran incremento. En Buenos Aires se hablaba del “oro blanco”. La gente acudía en masa; por cierto, también mucho material humano inadecuado, gentuza y vividores. Las tierras seguían sin agrimensura y cada uno cultivaba su parcela haciendo uso, en mayor o menor medida, del derecho del más fuerte.

Finalmente llegó la mensura y, con ella, el descalabro. Los empleados a cargo eran muy corruptos. El que pagaba recibía buenas tierras. Al que querían jugarle una mala pasada le recortaban el terreno a favor de sus vecinos y le dejaban el bosque que, por ley, ni siquiera se podía talar. De la noche a la mañana todos los maestros, empleados policiales y sus allegados se transformaron en propietarios de los mejores terrenos. A mí me

<sup>14</sup> Evidentemente, el nombre impuesto al niño fue en recordación de Clemente María Hofbauer, presbítero de la Congregación del Santísimo Redentor, nacido en Moravia en 1750. Es venerado como santo por la Iglesia Católica. (N. de la T.)

<sup>15</sup> Podría haberse agregado en cualquier momento a partir de 1936 a la copia de la *Crónica* estropeada. (N. de la E.)

partieron la quinta en dos y prácticamente perdió su valor. Todo lo invertido se perdió; todo el amor y trabajo puestos en ella fueron para otros.

Podrá quedar bonito en un catastro y llenar de satisfacción el alma de un burócrata compartimentar el mundo como un tablero de ajedrez pero, tras-puesto a la realidad, es un total sinsentido, al menos en una región boscosa.

Un gran error, que retrasó el desarrollo de la colonia en diez años, fue el hecho de que Charata no estuvo mensurada antes de la colonización y luego, con frecuencia, se partía la casa por la mitad o se separaba el casco de los cultivos, dada la prohibición de adquirir dos terrenos (y, aunque hubiese estado autorizado, faltaban los medios para hacerlo). Cientos de colonos se arruinaron y debieron partir casi como mendigos.

En el curso de enero llegaron cinco médicos argentinos a Charata. El “permiso” se otorga de modo tal que el médico extranjero /228/ pierde el derecho a seguir ejerciendo su profesión pasados los tres meses de que un argentino se establezca en el lugar. Deberá mudarse a una distancia no inferior a los 15 kilómetros. Así también yo quedé una vez más sin hogar. Es mi duro destino que en ningún lado logre radicarme permanentemente; siempre debo irme, siempre soy expulsado. Así ha sido desde mi más tierna juventud. Si me hubiese quedado en mi primera propiedad, no habría tenido que dejarla. Como se dieron las cosas, la mensura me frustró la posibilidad de vivir como un colono y la llegada de un médico argentino, la de ejercer mi profesión médica.

Ahora bien, los colonos de la caja de seguro por enfermedades, que en conjunto se mudaron al “Triángulo”, tierra privada aledaña a Villa Ángela, quisieron que me fuera con ellos, pero estos personajes se habían aprovechado de mí a tal punto que *[una línea de texto cubierta por papel sin imagen]*

/229/



Imagen de Ruez

[En pp. 229-223 comienza una lista en dos columnas de sus actividades médicas desde el 1 de enero de 1922 hasta el 28 de febrero de 1924.]

## *Estampas de La Pampa*

### **I. El Mirador**

Hará algunos miles de años, un poderoso torrente atravesaba, bramando, la pampa, hoy tan escasa de agua. Nació en la cordillera, donde el río Salado forma actualmente sus lagunas; se internaba en la pampa y vertía sus aguas en el mar en un lugar cercano al río Colorado del presente. Probablemente los ríos Colorado y Salado sean los restos de aquel caudaloso río. Una demostración de ello son los valles de arena profundamente encajonados en el relieve, así como las grandes y pequeñas lagunas que se encuentran en la región propiamente dicha de la pampa. Las dos más grandes se hallan cerca de Villa Alba<sup>16</sup>. El valle que conserva con mayor nitidez su fisonomía de lecho fluvial es el Maracó grande, donde pueden distinguirse claramente el río principal, Maracó Grande, y dos afluentes. Uno de estos conforma el valle del Maracó Chico, también llamado valle de Epú-Pel; al otro lo volvemos a reconocer en el valle de Hucal. El paraje más hermoso del Maracó Grande es, sin duda, el llamado El Mirador, alejado 6 leguas de la estación Epú-Pel. Se trata de una elevación de unos 30 metros de alto situada en medio del valle y constituye la extremidad de lo que en otros tiempos fuera un formidable banco de arena. La orilla cae en pendiente abrupta hacia el fondo del valle del Maracó Grande, que se halla a 100 metros o más de profundidad con respecto a la superficie y se extiende a lo largo de más de una legua. Allí el cauce originario tiene un ancho de 25 a 30 kilómetros. Enormes dunas, otrora bancos de arena, y embudos recortados a gran profundidad, sobre los cuales antaño las aguas giraban vertiginosamente, pueden darnos una noción, aunque atenuada, de lo que fuera el ímpetu arrollador de las aguas. Maracó es un término indígena compuesto por *mara* (liebre)<sup>17</sup> y *co* (agua). Significa, por ende, “agua de la liebre”. Parece aludir a que aquí el agua, el don que da la vida, se halla a nivel tan superficial que una liebre puede llegar a ella con solo escarbar un poco. Y, en efecto, mientras los pozos en el llano están a una profundidad de 100 metros o más y contienen agua salada, en el valle del Maracó Grande podemos extraer el agua con la pala; bastará que la hundamos una vez en la tierra para que brote agua dulce. Tanto más nos sorprende por ello que la estancia El Mirador, situada en el valle mismo, no disponga de un pozo propiamente dicho y se conforme con un cajón enterrado en la arena. Algunas lagunas pequeñas hacen las veces de bebederos, bienvenidos por el ganado. La facilidad para obtener agua dulce hizo del valle del Maracó Grande el paraíso de los indígenas. Allí encontraban de todo: praderas

<sup>16</sup> Villa Alba, hoy General San Martín, celebra la Fiesta de la Sal y es desde 2003 capital nacional de la sal. (N. de la T.)

<sup>17</sup> *Mara*: también llamada liebre criolla o patagónica (*Dolichotis patagonum*), es uno de los roedores más grandes del mundo. No pertenece al orden de las verdaderas liebres. Es comestible y de piel muy preciada (cf. Sebastián Erize. *Diccionario comentado mapuche-español*. Bahía Blanca: Yapun 1960). (N. de la T.)

fértiles para el ganado, agua en abundancia y gran cantidad de caza. De ahí que hace más de cincuenta años el valle se encontrara habitado por la pujante tribu de los puelches<sup>18</sup>, que sumaba varias miles de familias.

De la magnificencia pasada de este caudaloso río no quedan más que unas pocas lagunas insignificantes, que seducen por sus encantos y atraen a los cazadores por albergar pequeñas bandadas de flamencos, patos, y aquí y allá algún cisne salvaje. Los orgullosos puelches, otrora tan temidos, van a menos, arrinconados detrás del río Salado y reducidos a unas pocas familias (véase el artículo del mismo autor en *Phoenix*<sup>19</sup>). Los únicos testigos de su presencia que aun quedan son los hallazgos de armas de piedra y herramientas en las aguadas de El Mirador.

## II. Aguas termales desconocidas

En su ulterior transcurso, el Maracó forma una serie de *salitrales*<sup>20</sup>, la mayoría de los cuales solo tiene agua en años lluviosos. Es fácil entender cómo se generaron, si tenemos en cuenta que se trata de los tramos más profundos del antiguo valle fluvial o de la zona inundada por el río en la que se estancaba y finalmente se secaba el agua salada, cubriendo el terreno con una costra de sal. Son sobre todo estas zonas inundadas en el pasado las que forman hoy los salitrales con mayor contenido de sales dado que, al evaporarse el agua, aflúa una y otra vez agua salada, hasta que el suelo fue formando una costra de sal que en determinados lugares alcanza varios metros de altura. Hoy en día, tiempo después de que el río que los alimenta modificara su curso, los salitrales no obtienen el agua más que de las precipitaciones. El agua de lluvia agota los nutrientes del terreno y lo vuelve salitroso.

El mismo origen que tienen estas lagunas explica por qué coinciden en la composición química del agua, y esta coincidencia demuestra, a su vez, que su origen es el mismo. No es raro oír opinar que se trata de sedimentos de una antigua cuenca marítima, punto de vista al cual no adhiero, precisamente debido a lo que revela el análisis químico del agua de las lagunas. Asimismo, la ausencia de fósiles de animales marinos en las lagunas —o su presencia a una profundidad que no se puede hacer coincidir con el salitral actual— deja en claro que se trata de sal aportada por un curso fluvial y no por brazos de mar desecados. El tipo de sales es el mismo en casi todas las lagunas y la única diferencia se da en la cantidad. Esta puede variar considerablemente de una a otra, no solo en lo que respecta a cada laguna, sino dentro de una misma laguna de acuerdo con la época del año, cosa fácil de explicar. Su composición química se parece mucho a la de la laguna Epecuén en la provincia de Buenos Aires. Por ello, reproduzco el

<sup>18</sup> *Puelche*: “gente del este”. Así llamaban los indígenas chilenos a los indígenas argentinos. Apelación exclusivamente geográfica (*id.*). (N. de la T.)

<sup>19</sup> Referencia al artículo “Sierras Lihuel Calel und die Indianerkolonie «Los Puelches» am Río Salado”, *Phoenix* XIII/5 (1927): 119-140. (N. de la T.)

<sup>20</sup> Se transcriben en bastardillas las palabras que el autor usó en castellano. (N. de la T.)

análisis químico de esta laguna, conforme a los datos que se encuentran en el prospecto del Instituto Biológico Argentino (profesor Dessy). Un litro de agua contiene (¿en promedio anual?):

$\text{Na}_2\text{SO}_4 + 10 \text{H}_2\text{O}$ .....	147,35 gramos
Na Cl .....	2,20 gramos
Ca O .....	0,12 gramos
Fe, Si, Al .....	rastros

Si se tratase de sal marina desecada, el contenido de cloruro de sodio debería ser considerablemente más elevado en detrimento del contenido de sulfato.

Todos estos salitres tienen en común efectos curativos más o menos pronunciados, particularmente sobre el reumatismo.

El tema que me ocupa hoy concierne a algunas lagunas que se encuentran en mi vecindad y que he venido estudiando.

### **Laguna Guatraché<sup>21</sup>**

Es la más grande y hermosa; se encuentra a 3 leguas del paraje Guatraché en medio de los bosques y por su cauce discurre agua durante todo el año. Tiene 2,5 leguas de largo por 1 de ancho. El ingreso a la estancia a la que pertenece está pegado al poblado Guatraché y se accede a ella luego de dejar una contribución de 2 pesos por automóvil. Esto permite al visitante desvincular su coche a placer recorriendo el camino escabroso dentro del bosque y dejar que las ramas le rasguñen la cara cuanto quieran. Después de un viaje de 3 leguas que nos supuso un hábil volteo por encima de un montículo de sulfato, vimos frente a nosotros la laguna, encuadrada de manera pintoresca entre colinas boscosas. La administración, en su vago afán por ofrecer algo al visitante a cambio de los 2 pesos que le hizo soltar, ha instalado unas primitivas casillas de baño. Su empleo, empero, no es recomendable, a menos que vaciemos antes a fondo los bolsillos o, mejor aun, entreguemos nuestras pertenencias al cuidacoches en lugar de dejarlas colgadas. Es preciso contar con un traje de baño y conveniente llevar una gorra de goma. Queda librada a la habilidad personal de cada uno lograr bajar la empinada orilla sin romperse los huesos. El fondo de la laguna consiste en arena firme y salada que se siente agradable bajo los pies. El agua tiene una profundidad más o menos pareja de un metro. El contacto del agua con nuestro cuerpo se siente blando y el caminar se hace liviano. Hacemos la plancha y las olas nos hamaican. Con su blandura casi aceitosa, baten con golpes secos nuestros cuerpos y rodamos con delicia en el caldo escurrizado. En vano intentamos sumergirnos; la superficie nos retiene como sujetos con imanes. Pero este bienestar se ve súbitamente

<sup>21</sup> *Guatraché*: voz mapuche de significado incierto. Las acepciones son de lo más diversas: desde “panza de gente” a “gente forastera”, “gente petisa”, “gente rescatada”, etc. Más tarde, en 1986, se instaló cerca de Guatraché una colonia menonita de habla alemana, proveniente de México. (N. de la T.)

interrumpido cuando nos entra agua en la boca o una gota en un ojo; un sabor punzante, abrasador, nos recuerda que se trata de agua sulfatada. Es frecuente que se produzcan inflamaciones en los ojos. No hay rastros de fauna ni flora en esta laguna; contiene sulfato en cantidades muy superiores a las de la laguna Epecuén. Tiene efectos terapéuticos favorables sobre el reumatismo y ayuda a la curación de eccemas de todo tipo. Ante todo al principio, los baños no deberán extenderse por más de diez a quince minutos; por lo general, basta con cinco minutos. Las personas neurasténicas deben ser muy cuidadosas al bañarse en estas aguas y lo mejor sería que prescindiesen por entero de ellas, ya que una permanencia demasiado larga puede derivar en alteraciones nerviosas, insomnio y demás trastornos.

Después del baño, trepamos la escarpada pendiente cubiertos por una gruesa costra de sal, y agradecemos que la administración haya instalado una ducha de agua dulce, que con su potente chorro nos libera de la pizazón que nos causa el sulfato. Es un grave error dejar que el sulfato permanezca, pues puede producir eccemas difíciles de curar. Los baños, en cambio, tienen efectos beneficiosos sobre una serie de eccemas en recién nacidos. Nosotros los preparamos en casa con el remanente desecado en una solución diluida cuatro veces.

Hace años que se obtiene el sulfato de la laguna para aplicarlo a la industria argentina del vidrio. Actualmente, una nueva fábrica está en vías de construcción, pero se mantiene en secreto como si de ella dependiese el futuro de toda Sudamérica.

### ***Laguna Utracán***

Esta laguna se encuentra en una región carente de todo encanto paisajístico a 3 kilómetros de la estación Utracán. Ocupa el centro de una pampa ondulada de unos 1.000 metros de ancho por 3.000 de largo. En la orilla se encuentran unas casillas de baño más que primitivas, que hasta el momento no me arriesgué a utilizar. Tampoco podemos asegurar que estaremos a salvo de accidentes si utilizamos la tambaleante pasarela que lleva al agua. Según cuánta sea la cantidad de lluvia caída, el espejo de agua estará, sea totalmente seco, o a un metro y medio de altura. El contenido de sulfato se acerca al de la laguna Epecuén y las personas sanas pueden permanecer largo rato en el agua sin perjuicio para la salud. Es desagradable pisar el fondo, lleno de piedras salitrosas afiladas, lo que hace aconsejable el uso de calzado apropiado. Las orillas están cubiertas por una espesa capa de lodo y el centro de la laguna es arenoso. Utracán es la laguna que prefieren los habitantes de General Acha para bañarse, aunque no sea del agrado de todos la hora en que la crema de la sociedad achense gusta hacerlo, es decir, a medianoche. General Acha se encuentra a 4 leguas de Utracán y el camino oficial hasta allí es totalmente intransitable para los coches. De ahí que los dueños de las estancias colindantes hayan abierto un camino privado. Esto debe reconocérseles, tanto más cuanto que se ha eliminado la tarifa de 5 pesos por coche. Lamentablemente, el propietario de la laguna aun no ha llevado agua dulce hacia allí, aunque le sería posible hacerlo sin grandes gastos, seguramente le autorizarían el cobro de una tarifa moderada, dado que la estancia,

que está a pocos cientos de metros de distancia, dispone de agua corriente dulce procedente de un pozo artesiano. Por ello, quien no quiere alojarse en Acha incrustado de sal como la encarnación ambulante de la mujer de Lot debe llevar consigo agua dulce con que lavarse después del baño. El efecto curativo de esta laguna es equivalente al de la laguna Epecuén.

### **Maracó**

A 4 leguas de Unanue por el camino más maltrecho imaginable, en medio del pintoresco valle del Maracó Grande, se encuentra un estanque de unos 200 metros de ancho por 400 de largo. La pequeña laguna yace embutida entre colinas y casi invisible, de modo que el que desconoce la región puede pasar tranquilamente a su lado sin verla. El agua tiene un ligero sabor a sulfato magnésico y el ganado lo bebe. Un lodo que nos llega hasta las rodillas cubre el fondo del pantano, cubierto por una maraña de plantas, peste de agua<sup>22</sup>, algas y demás en la que bullen miles de larvas. Hay un solo lugar que se parece a una playa. Las afiladas piedras salitrosas requieren que avancemos con cuidado. Sin embargo, hay algo que hace que en verano yo frecuente la laguna a diario y sea mi baño preferido, y es que tan solo a 2 metros de la orilla alcanza una profundidad de varios metros — la profundidad máxima es de 8 metros— y nadar en ella es un verdadero tónico para los nervios. Puede uno permanecer varias horas en el agua sin cansarse. Es frecuente que las “buenas familias” de Unanue pasen allí sus domingos, alternando el picnic con el baño. Y para el picnic no hay mejor lugar que el bosque de tamariscos cercano.

Visité una serie de lagunas más allá de estas y pude comprobar sus efectos terapéuticos. Mencionaré únicamente la laguna que se encuentra en medio del bosque de la estancia Córdoba, con agua sulfatada de alta concentración, y algunas otras. A estas me referiré acaso en otra ocasión.

## **Higiene de construcciones y viviendas<sup>23</sup>**

En el primer año de aparición de la lograda publicación del presente anuario hicimos algunas observaciones acerca de las condiciones sanitarias generales imperantes en el Alto Paraná. Hoy invito al lector a compartir un breve recorrido por el ámbito de la higiene de viviendas.

Como en esta región todos están obligados a ser sus propios emprendedores y arquitectos, es probable que les sean de utilidad las sugerencias que les daremos al respecto. Dicho entre nosotros: construir significa poner en pie, con gran despliegue de esfuerzo y de gastos,

<sup>22</sup> *Elodea canadensis*, una planta acuática. (N. de la T.)

<sup>23</sup> Texto base: “Bau und Wohnungsverhältnisse am Paraná”. *Deutscher Kalender für den Alto Paraná* 1935: 112-114.

algo que luego se desearía mandar al diablo debido a su escasa funcionalidad. El único consuelo que queda es que a todos les ocurre lo mismo. En cuanto a mí, no he conocido a nadie que volvería a construir por segunda vez de la misma manera.

Aquí en la selva las condiciones para el recién llegado son siempre difíciles. Es cierto que el novato es propietario del suelo que pisa, pero su propiedad es una selva espesa e impenetrable. Hace falta empezar por abrir picadas a través del bosque en todas direcciones, a fin de encontrar un predio más o menos indicado para la construcción. Es preciso que la vivienda se sitúe a cierta altura, sin estar, empero, muy alejada del agua. Nada resulta más malsano que ubicarla en un pozo, como suele hacerse aquí con el fin de aprovechar el agua de los arroyos. El que cuenta en su propiedad con una vertiente a cierta altura tendrá un lugar ideal para construir su casa cerca de ella. El terreno debe estar seco, pues el suelo mojado o el nivel elevado de la capa freática tarde o temprano humedecerá la casa y pondrá en riesgo sus cimientos. El sitio también debe estar libre de cualquier tipo de inmundicias que puedan tener efectos indeseados en el hogar y sus alrededores, además de impedir la instalación de un pozo. Asimismo, es fundamental prever cómo ha de solucionarse el problema del aprovisionamiento de agua y la remoción de residuos.

Los CIMIENTOS de la casa deben encontrarse, como mínimo, a un metro por encima del máximo nivel de agua de la capa freática. Levantar la casa sobre pilotes como se acostumbra hacer aquí es un grave error, aun tratándose de casas de madera. Provoca que el espacio debajo de la casa se transforme en un montón de desechos, en un verdadero foco de incubación de anofeles y otras sabandijas. Conviene que aun las casas de madera tengan un cimiento de piedra. Las llamadas piedras “Kubin”<sup>24</sup>, que se encuentran en todos lados, se adaptan perfectamente a esta necesidad.

En lo posible, las PAREDES DE LA CASA deben ser malos conductores del calor. La temperatura del aire en las habitaciones depende de la temperatura de las paredes, no a la inversa. La capacidad calórica de una pared de ladrillos es alrededor de mil veces mayor que la del aire, de modo que, por ejemplo, podemos ventilar sin preocuparnos una habitación caldeada en invierno, ya que la temperatura del aire recuperará el grado anterior pocos minutos después de cerrar las ventanas. Esto también ha de tenerse en cuenta con respecto a la disposición de las

---

<sup>24</sup> Piedra Kubin. Una posibilidad es que se trate de la piedra itacurú (plintita), que se obtiene únicamente en yacimientos ubicados en la provincia de Misiones y que utilizaron los jesuitas para construir las reducciones. Otra (según una informante misionera, la señora Leonor Kuhn, que me hizo conocer María Cecilia Gallero, investigadora que contribuye en este *Cuaderno*) afirma que “Kubin es la expresión en alemán o algún dialecto de «piedra cupi», que es la que usaron los jesuitas. Es blanda, permite moldearse y una vez afuera se endurece”. Si bien es probable que se trate de esta piedra, la posibilidad de que el autor tradujera “cupi” por “Kubin” no se sostiene lingüísticamente, a más de resultar por demás extraño que el término “Kubin” coincida con el apellido de una familia residente en Puerto Rico. Persiste la duda. (N. de la T.)

habitaciones. Hacia el sur dispondremos los *gabinetes de trabajo*: estudios, salones de dibujo, quirófanos, etc., ya tan solo por contar con una distribución pareja de la luz. Por ser más baja la temperatura, también conviene que estén orientadas hacia el sur cocinas, despensas, comedores, cuartos de baño y excusados. Por el mero hecho de recibir el sol de la mañana, conviene que los *dormitorios* se orienten hacia el este, y las *salas de estar*<sup>25</sup> y habitaciones de los niños, hacia el norte y el oeste.

Que la casa vaya a tener uno o dos pisos es cuestión de bolsillo. Si es una casa de altos los *dormitorios* deberán ocupar el piso superior. Estas habitaciones deben ser amplias y estar particularmente bien aireadas, ya que la persona pasa la mitad de su vida en ellas.

EL TAMAÑO DE LAS HABITACIONES y en especial el de los dormitorios debe responder a la cantidad de ocupantes que tengan, ya que el *cubo de aire*, o sea la proporción de espacio que corresponde a cada uno, es de suma importancia. Se lo determina calculando el tamaño de la habitación y dividiéndolo por el número de ocupantes. Tratándose de talleres, se indican (en Alemania) 10 metros cúbicos por persona. Lo mismo también es suficiente para esta región. El mismo caudal de aire vale para iglesias, aulas y dormitorios y, por razones de salubridad, no debería reducirse. Por ende, un dormitorio para dos personas debe poseer por lo menos 20 metros cúbicos de espacio aéreo; la exigencia mínima es de  $3 \times 3 \times 2,5$  metros de altura. Cuanto más, tanto mejor. Para hospitales se precisa un cubo de aire de por lo menos 30 metros cúbicos por cabeza y bien se haría en hacer valer el mismo caudal para los dormitorios.

Todas las habitaciones deben estar bien VENTILADAS. Las ventanas grandes son una necesidad vital. Las puertas y ventanas deben encontrarse frente a frente para que las habitaciones estén bien aireadas. Es conveniente y agradable contar con un *sistema de calefacción* para los días fríos. La instalación más confortable será siempre el hogar de fuego abierto, aunque no aprovecha la fuerza calórica del combustible más que en un 10%. El 90% restante del calor que se genera se fuga a través de la chimenea y se desaprovecha. Pero aquí esto carece de importancia dado que la leña es barata. Lo que sí es esencial es que el hogar no eche humo, por lo que deberá ser construido por un especialista. La capacidad de aspiración de la chimenea debe estar en correspondencia con el aire entrante para que el humo no invada la habitación en vez de subir por la chimenea. Estos hogares son, además, excelentes sistemas de ventilación.

Es fundamental contar con una buena ILUMINACIÓN. El exceso de luz deslumbra y daña la vista, y una iluminación deficiente también es perjudicial. Esto vale principalmente para la iluminación artificial. Las tan estimadas lámparas Petromax<sup>26</sup> u otras semejantes, que poseen

---

<sup>25</sup> Se transcriben en bastardillas las palabras que el autor usó en castellano. (N. de la T.)

<sup>26</sup> La lámpara Petromax fue desarrollada por el comerciante berlinés Max Grätz, apodado Petroleum Maxe, de ahí el nombre de la marca. La primera lámpara Petromax en una

una potencia lumínica de trescientas candelas, no son adecuadas para las habitaciones comunes de las viviendas de colonos, donde setenta velas son más que suficientes. Por supuesto, la fuente de luz no ha de emitir tufo ni humo. Las pequeñas lámparas de petróleo sin cilindro, tan en boga, que se reducen a una mecha humeante y apenas iluminan, son muy malsanas, pues los gases de combustión contaminan el aire. Lo mismo puede decirse de las estufas transportables a alcohol y petróleo, por más perfecta que sea su fabricación desde el punto de vista técnico.

Con anterioridad hablamos de que la TEMPERATURA DEL AIRE de una habitación depende de la temperatura de las paredes. Es importante para la salud que la temperatura del aire se ajuste al movimiento del cuerpo. Por consiguiente, un taller artesanal o fabril debe ser más fresco que el gabinete de labor intelectual. En general, la temperatura del aire en una habitación de un metro y medio de altura debe ser la siguiente: para iglesias, gimnasios, dormitorios, entre 12 y 15°C (grados Celsius); para talleres, de 12 a 18°C; para escuelas, de 17 a 19°C; para salas de estar, de 18 a 20°C; para habitaciones de enfermos (según la enfermedad), de 16 a 22°C.

Como el aire es irremplazable para la conservación de la vida y por ende debe tener una composición específica que comúnmente llamamos “pura”, es preciso prestar la máxima atención al mantenimiento de la pureza del aire en las habitaciones de las viviendas. Tengamos en cuenta que con cada inhalación penetra alrededor de medio litro de aire en nuestro interior. Si inhalamos diez veces, estamos incorporando 8 litros de aire por minuto y alrededor de 480 litros por hora. Por ello, cuando el aire está viciado no hay nada mejor que esfumarse cuanto antes.

El mismo cuidado debe tenerse en mantener limpia el AGUA POTABLE. Las fuentes deben captarse y, en lo posible, hacerse llegar el agua a las viviendas mediante cañerías. Los pozos deben estar tapados y contruidos de tal modo que no entre suciedad en ellos. El agua de los arroyos para uso humano es, de por sí, peligroso y puede causar graves trastornos a la salud; pero lo es más aun si en ellos se revuelcan los chanchos y desembocan las heces del vecino, lo que lamentablemente sigue siendo muy frecuente.

La higiene de viviendas también requiere la construcción de un RETRETE con su letrina, y asimismo un lugar de eliminación de desechos. Sin duda, al agricultor le vendrán bien los residuos vegetales, que podrá recuperar como valioso abono. Para ello es imprescindible disponer de un pozo negro cementado, que a la vez sea la mejor protección contra las pestes. Todo lo que sirva de abono se arrojará al pozo negro, incluso la ceniza de las estufas. Quiero puntualizar que el contenido de los orinales debe arrojarse en la letrina y no simplemente al patio, y que

---

versión dispuesta para funcionar en un hogar se desarrolló en 1922. A comienzos del siglo XX era considerada una de las lámparas más luminosas existentes. Fuente: *Wikipedia*. (N. de la T.)

estos no deben lavarse en el pozo de agua, pues parte del contenido se mezclará con el agua potable, contribuyendo a la propagación de enfermedades. Por la misma razón, el pozo negro nunca debe construirse cerca del pozo de agua, aunque esté cementado.

Con lo dicho, concluyo por este año. Si Dios quiere, el año próximo nos ocuparemos de la alimentación y sus venenos.

## ***Todo comienzo es difícil***

Por inverosímil que parezca, la siguiente historia acerca del asentamiento de un médico en Sudamérica no deja de ser cierta en todo su contenido. Pueden atestiguarlo muchos de los que participaron en esta gesta, tanto los que siguen viviendo aquí como los que se hallan viviendo en Alemania. Nos ha parecido indicado presentar esta relación de hechos del destacado médico doctor Luis Ruez, en la actualidad residente en el norte del país, porque a menudo tenemos la impresión de que nuestros allegados en Europa, como también los recién llegados y los viajeros de paso, suelen pensar que el bienestar e incluso la fortuna adquirida por algunos inmigrantes les cayó del cielo.

El doctor Ruez, que por estos días celebra su septuagésimo año de vida, se destacó más tarde por sus investigaciones sobre los araucanos. En reconocimiento a su trabajo fue nombrado representante de la Universidad de Buenos Aires en Misiones, miembro de la junta constitutiva del Círculo de Médicos de Misiones, ídem de la Asociación Argentina para el Estudio de las Enfermedades Contagiosas, miembro de la Agrupación para el Fomento de la Ciencia en Buenos Aires, miembro honorario de la Sociedad Argentina de Epidemiología, etc. Publicó numerosos trabajos científicos en el ámbito de la medicina, además de estudios sobre historia argentina y las ya mencionadas investigaciones sobre los araucanos.

LA REDACCIÓN<sup>27</sup>

Estuve pensando largo tiempo si relatar estos acontecimientos. Finalmente decidí hacerlo, considerando que sucedieron hace más de treinta y cinco años. Lo único engorroso es que tendré que atenerme a la verdad, pues en la Argentina y sus alrededores sigue con vida más de un ciudadano del mundo que los presencié.

Pues bien, hace largos treinta y cinco años llegué a Buenos Aires después de una travesía marítima de cincuenta días. Durante el viaje disfrutamos de todas las amenidades que puede ofrecer una compañía naviera

<sup>27</sup> El texto base, "Aller Anfang ist schwer", fue editado en la revista *Südamerika* V/5 (1955): 499-510.

previsora sobre un cacharro viejo y destartado: hubo dos suicidios, dos incendios y una fuerte borrasca que desató pánico a bordo; chocamos contra un banco de arena; padecimos una cuarentena en Río de Janeiro y otra en Santos... más no se puede pedir por el dinero entregado. Mugrientos y piojosos, llegamos a Buenos Aires. Entre tanto, los miles de marcos que llevaba y en su momento habían representado un apreciable monto se habían encogido y desvalorizado a tal punto que me dieron apenas ochenta pesos por ellos. Gasté cuarenta el primer día en el hotel y no quedaron más que cuarenta para mí y los otros tres integrantes de mi familia. En consecuencia, el Consulado me arrumbó en Emigración, que se deshacía en un santiamén de los recién llegados enviándolos al Chaco.

Después de un viaje de dos días llegamos a Charata. De las cerca de doscientas personas que integraban la comitiva, yo era el único que a duras penas chapurreaba un poco de castellano. Pude así evitar que la mitad de nuestro equipaje, que incluía dos cajas mías, fuese descargado y se desvaneciese para siempre ante nuestros ojos. En todo caso, nos devolverían las cajas vacías, cosa usual en aquel tiempo.

Charata era por aquel entonces un mísero poblacho... y es mucho decir. En realidad no era más que una parada del ferrocarril del Estado, consistente en una docena de casas de adobe agrupadas alrededor del edificio de la estación. Como el terreno no estaba amojonado, nadie podía construir edificios permanentes. Todas las casas, sin excepción, eran a su vez boliches u "hoteles". Charata disponía también de una farmacia y, por supuesto, de dignas autoridades. Sus alrededores, por el contrario, estaban densamente poblados por colonos, en su mayoría españoles, aunque también nos había precedido un puñado de alemanes. Algunos ya habían logrado hacerse de propiedades nada desdeñables, a pesar de tratarse de terrenos fiscales sin agrimensura. Como no podía permitirme ir a un hotel, que costaba por día tres pesos por persona, pedí al jefe de estación que nos dejase ocupar un vagón de carga, a lo que él accedió.

Ningún integrante de nuestro grupo olvidará jamás nuestra llegada a Charata. Era un domingo particularmente caluroso y radiante, y a las tres de la tarde nos encontrábamos todos en el andén, supervisando la descarga del equipaje. De pronto, una nube negra oscureció el cielo. Era una manga de langostas, algo que varios entre nosotros conocían de haberlas visto en África. Más tarde tuve varias oportunidades de presenciar invasiones de langostas en la Argentina, pero ninguna de la magnitud de esta.

Las langostas, de diez centímetros de largo, azotaban nuestras cabezas, se metían por el interior de nuestros cuellos y debajo de las faldas de las mujeres. Era para desesperar. Durante más de una hora nos defendimos como pudimos hasta que finalmente la manga se alejó. Fue un mal recibimiento.

Acababa de acomodarme en el vagón de carga con mi familia y nuestras doce cajas y valijas cuando llegó el dueño de la hostería alemana para decirme que, como alemán, le resultaba inadmisibles que yo viviera como un mendigo, más aun siendo médico. Agregó que si no disponía de dinero en efectivo para afrontar los gastos —lo que él comprendía dada la devaluación de la moneda—, probablemente tendría en mis numerosas cajas

y valijas suficientes objetos de valor, que en el lugar eran más apreciados que dinero en efectivo. Por otra parte, gracias a mi profesión no tardaría en conseguir un empleo rentado.

Al fin me convenció y acepté. El hombre nos envió un coche. Ya era de noche cuando llegamos a la *fonda*<sup>28</sup>. Esperábamos con ansiedad disfrutar después de tanto tiempo de buenas camas y un albergue decoroso. Nada de esto se cumplió. El tal “hotel” era, por decir lo menos, una estafa a la americana. Estaba en proceso de construcción y, como el dueño no tenía dinero, avanzaba a paso de tortuga con constantes dilaciones.

Solo el salón de comidas y un cuarto para forasteros a medio hacer contaban con un techo, pero el cuarto estaba ocupado. Treinta alemanes se hospedaban allí. De noche armaban *catres* o alguna yacija cualquiera en el salón; el dueño tiraba algunas bolsas sobre la mesa y cada huésped se tapaba con lo que tenía. A esto se reducían las comodidades para pernoctar. Como quedaba descartado que hubiese lugar para nosotros en el comedor, el patrón nos indicó con gesto de gran señor uno de los cuartos a medio construir a un costado del salón. Dijo que, aunque no estaba terminado, allí estaríamos solos y nadie nos molestaría. Ciertamente eran cuatro paredes pero les faltaban puertas y ventanas. También faltaba el piso, pero en cambio —prosiguió— tendríamos un maravilloso cielorraso: el espléndido cielo estrellado de los trópicos. Pensé que, en comparación, el vagón de carga había sido un hotel de lujo.

Esa misma noche, durante la cena —bastante buena, por cierto— la patrona sufrió una caída mientras iba a buscar agua. Esto le provocó un aborto y dio lugar a mi primera intervención médica en América. En retribución, y al no poder pagarnos, el patrón se comprometió a darnos alojamiento y comida gratuita por un mes. Agregó que, como su esposa estaba enferma y no podía permitirse tomar una ayudante de cocina, agradecería que mi mujer realizase la tarea. Ella, benévola, se prestó a hacerlo. Sea como fuere, no era nuestro propósito quedarnos allí por mucho tiempo.

Al rato llegó la policía local, saludó cordialmente a los nuevos colonos y prometió que nos daría la ayuda que nos hiciese falta. Manifestó que las autoridades estaban muy satisfechas de que entre ellos hubiese un médico alemán, ya que los médicos argentinos no iban a las colonias nuevas. Me invitaron a quedarme en Charata porque estaban disconformes con el hombre que se desempeñaba allí como médico, un holandés de la colonia del Cabo en África.

Pero yo no quería saber nada de eso. Ya había rechazado un trabajo en el Hospital Alemán de Buenos Aires, que tenía urgente necesidad de un médico. Había soñado con ser *estanciero*; ya me veía sentado a la sombra en mi galería, dando órdenes para el día a mi *mayordomo*, sumisamente de pie ante de mí. ¡Qué candidez la mía! Tenía que ser un *gringo* con todas las letras para tener tales sueños sin un centavo en el bolsillo.

Al día siguiente, los recién llegados partieron en busca de un terreno donde establecerse, pues los lugares abundaban. También yo me conseguí un caballo y salí a explorar. No pasó mucho tiempo antes de que nosotros

<sup>28</sup> Se transcriben en bastardillas las palabras que el autor usó en castellano. (N. de la T.)

y otras tres familias encontráramos una hermosa *pampa* de mil hectáreas a dos *leguas* escasas de Charata, rodeada de un gran bosque sin desmontar, una parcela ideal. La ocupaba un *santiagoueño* que dijo que le pertenecía, pero que estaba dispuesto a vendérsola por seiscientos pesos “casa y pozo incluidos”.

Le dimos cien pesos y el terreno fue nuestro. El pozo bien valía los cien pesos pues contenía agua potable de excelente calidad, cosa rara en el Chaco. Muy satisfecho, cabalgué de regreso a Charata con mis compañeros, entre ellos un tal barón von Fabricius.

El barón von Fabricius era todo un personaje. No dudé ni un instante de que fuera un barón de verdad, aunque no sé si se llamaría Fabricius. Nos dijo que había sido oficial ruso en tiempo de los zares, lo que nos pareció creíble dado su porte formal y mundano. Aún entrechocaba los talones al saludar o dirigirse a las personas, y hablaba un alemán castizo y sin dialectismos, como lo hablan los rusos. Los alemanes deberíamos aprender de ellos lo bella que es nuestra lengua materna. Era un perfecto caballero, siempre pulcro e impecable en el vestir —hasta donde su miseria económica lo permitía—, recién afeitado y de buen humor, máxime cuando había tomado algo de alcohol, lo que siempre era el caso. Era un genio para pedir dinero prestado. No debe haber habido nadie a quien no debiese algo. Desde un comienzo se nos había acoplado y, la verdad sea dicha, nos caía bien a pesar de su fanfarronería. ¡Porque era un fanfarrón de aquellos! El guardabosques mayor de las *Hojas Volantes*<sup>29</sup> y Münchhausen<sup>30</sup> eran niños de pecho comparados con él. Decía las cosas más inverosímiles sin moverse un pelo. Acostumbraba empezar las frases, aun las más nimias, con las palabras “Atienda bien a lo que le digo, *caramba*, escuche bien...”. Según él, hacía unos cuantos años que residía en el Chaco y lo conocía muy bien. Fue quien nos mostró la hermosa *pampa*, y hablaba bien el castellano. Por todo ello, cuando se ofreció a acompañarnos, las cuatro familias que componíamos el grupo aceptamos gustosamente. Nos dijimos que podría sernos útil, aunque más no fuese que para pasar el rato.

El individuo oriundo de la colonia del Cabo que estaba ejerciendo la profesión de médico —sin serlo— antes de llegar nosotros a Charata me hizo la vida imposible desde el primer momento, pues temía ser desplazado. Ya la primera noche se acercó a la *fonda* alemana, como siempre en estado de total embriaguez. Yo estaba ocupado dando los últimos cuidados a la mujer accidentada. Sin saludarme, se acercó a la cama, y pretendió revisarla sin lavarse previamente las manos. Me presenté a él y le expliqué cortésmente que estaba todo solucionado y que volver a revisarla sería más perjudicial que beneficioso. Vociferó: “¡Esterilidad, esterilidad!”, hizo que le trajeran una botella de alcohol puro, la miró durante un rato y luego... la empinó y

<sup>29</sup> *Fliegende Blätter* (Hojas Volantes), nombre de un semanario ilustrado que apareció entre 1845 y 1928 en Alemania, con caricaturas, poesías y relatos humorísticos. (N. de la T.)

<sup>30</sup> Barón de Münchhausen: militar alemán que se alistó en el ejército ruso en el siglo XVIII. Participó en campañas militares y luego narró historias inverosímiles sobre sus aventuras. Se alude a él cuando se habla de individuos jactanciosos, bufonescos y mentirosos. (N. de la T.)

empezó a beber a grandes sorbos. Me dijo que el médico era él y yo no tenía nada que hacer allí. Le expliqué que se había tratado de un accidente, y aunque más no fuese como ser humano había sentido la obligación de ayudar a la mujer para evitar que se desangrara. Me hizo a un lado y pretendió revisarla con sus manos sucias (yo usaba guantes de goma). Sin pensarlo más, lo eché del cuarto. Me amenazó con denunciarme a la policía, pero poco me importó. El patrón terminó por ponerlo de patitas en la calle.

Narro este pequeño incidente, en sí insignificante, porque tuvo consecuencias adversas para mí y mi familia. El hombre fue a la policía y me denunció por *ejercicio ilegal de la medicina*, cosa que él practicaba hacía años. Luego fue a ver a su amigo el farmacéutico, que también había usurpado título y profesión, y le hizo saber que yo llevaba conmigo mi propia farmacia (llevaba, es cierto, un botiquín conmigo) y de manera ilícita había vendido a la mujer productos que traía en ella. Por supuesto, aquella primera noche pasada en Charata yo ignoraba que el pueblo contaba con un farmacéutico, caso contrario no le habría dado a la mujer mis valiosos medicamentos. Una hora después de llegado ya me había granjeado dos enemigos, más temibles aun porque la policía se puso de mi lado, contenta de poder contar en el lugar con un médico de verdad. Bastó con que le presentara mis papeles para que se diera por satisfecha.

Ocho días después, la patrona volvió a estar en condiciones de retomar sus actividades y decidimos trasladarnos a nuestro nuevo hogar. En el ínterin, yo había atendido diariamente entre veinte y treinta enfermos y enviado las recetas a la farmacia, lo que debería haber complacido al farmacéutico. Tanto más me entusiasma la partida, dadas las peleas con el ciudadano de la colonia del Cabo y el farmacéutico. No había venido a América a disputar mi sustento con charlatanes. Compré los implementos que me faltaban, además de una bolsa de *kéfir*<sup>31</sup> para los caballos, semillas y algunas provisiones, y Fabricius encargó para la mañana siguiente una *chata*, vale decir, un carro grande con una superficie plana para cargar bultos.

Llegado el momento, antes del alba, nos despedimos cordialmente del patrón de la *fonda* y los demás compañeros de infortunio. Los nuevos inmigrantes eran, con pocas excepciones, personas muy agradables. Recuerdo en particular a algunos, que habían sido plantadores africanos y fueron expulsados de África por los ingleses. Todos los recién llegados teníamos un solo deseo: poner pie lo antes posible en una parcela que pudiésemos llamar nuestra para sembrar, cosechar y fundar un nuevo hogar para nuestras familias y donde, llegado el momento, pudiesen terminar sus días sin temor a guerras ni ataques con gases asfixiantes. La Argentina prometía ser pródiga en esto. En aquel entonces nos parecía un milagro que existiese un país donde cada uno podía vivir a su manera y comer y beber hasta saciarse; donde no se encontraba apostado en cada esquina una policía o un miembro del Consejo de Trabajadores y Soldados, que entregara al ciudadano a un tribunal popular presidido por una puta de la gran urbe. Más tarde supimos que también respecto de la Argentina hay parte de verdad en el dicho de que “no es oro todo lo que reluce”. Agreguemos que la mayor

<sup>31</sup> Véase la nota 9 al extracto de la *Crónica de familia*. (N. de la T.)

parte de los inmigrantes que llegaron en aquella oportunidad abandonaron más tarde la Argentina y regresaron a su patria de origen. Por su parte (a pesar de las artimañas de las autoridades, en particular las de las oficinas topográficas; a pesar de la policía; a pesar de las langostas y otras calamidades), los que quedaron aquí y se abocaron con seriedad y perseverancia a la tarea de forjar este país, bien que no se hicieron ricos, lograron acceder a un bienestar que permite que sus hijos crezcan sanos y que ellos lleguen a la vejez sin sobresaltos.

Habían enganchado doce caballos a nuestra *chata* y la habían cargado con el equipaje y una damajuana de diez litros de agua para el viaje. Partimos. El carrero era español o lo parecía; no hablaba una sola palabra y aseguraba que no nos entendía, ni a mí, cosa comprensible, ni a Fabricius. Pero esto no nos llamó mayormente la atención. Fabricius se limitó a encogerse de hombros ante la actitud hosca del sujeto; poco nos importaba, pues al mediodía habríamos llegado a destino. Era un día de verano cálido y radiante, un clima ideal en comparación con la semana anterior en que había llovido a cántaros durante tres días... una tortura para nosotros, alojados a la intemperie. Esperábamos ansiosamente disponer en adelante de buen tiempo porque por el momento debíamos vivir al descampado. Cantábamos y nos divertíamos; Fabricius se despachaba con una anécdota chistosa tras otra y no prestábamos atención al camino. Apenas dejamos atrás Charata, me había llamado la atención que el carrero se dirigía hacia el norte en lugar del noreste. Pero Fabricius me aclaró que el sendero que habíamos recorrido a caballo días atrás no era transitable para un carro de tales proporciones y su explicación me pareció convincente. Los caballos trotaban animosamente, pese a lo cual el *gallego*<sup>32</sup> los azuzaba sin cesar al grito de “¡Vamos!” acompañado de un insulto que no conocía en ese entonces y un rebencazo, a mi juicio, innecesario. Pero los caballos estaban habituados a su dueño y nada los inmutaba.

Se hicieron las doce y empezamos a sentir hambre, por lo que nos detuvimos y cocinamos algo. Después de comer proseguimos viaje. Tanto el sol como mi brújula me señalaban que seguíamos yendo en dirección al norte. Esto me inquietó y se lo hice saber a Fabricius, quien también había empezado a desconfiar del *gallego* y lo encaró. Este, en lugar de reaccionar, siguió apurando a los caballos con furia.

Se hicieron las tres de la tarde y Fabricius dijo: “Estimada señora, doctor, presten atención a lo que les digo, *caramba*, escuchen bien: estamos perdidos.” “Pienso lo mismo”, dije, abatido.

Volvió Fabricius a dirigirse con vehemencia al carrero, pero el hombre seguía haciéndose el desentendido. A las cinco de la tarde aun íbamos en dirección al norte. De pronto se me cruzó por la cabeza un pensamiento que me espantó. Confieso que me recorrió un escalofrío y por unos segundos quedé petrificado. ¿Cabía la posibilidad de que nos hubiesen secuestrado? Once cajas llenas de mercancías poco usuales en el Chaco significaban todo un capital para los habitantes del lugar. ¿No estaría Fabricius en complicidad con ellos? Después de todo, ¿qué sabíamos de él? Observé a

<sup>32</sup> Gallego: mote dado al español en general. (N. de la T.)

ambos con atención. Fabricius estaba muy inquieto pero procuraba disimular su ansiedad. El carrero era la indiferencia en persona.

Con sigilo saqué mi pistola del cinto y con un gesto indiqué a mi mujer y a mi hija que hiciesen lo mismo. En los benditos tiempos de la revolución<sup>33</sup>, ambas habían estado obligadas a aprender el manejo de armas. Me entendieron de inmediato y se pusieron en posición de tiro, con la serenidad del que está acostumbrado a hacer frente una y otra vez a peligros inminentes. Ni Fabricius, quien seguía acuciando al carrero, ni el mismo carrero se percataron de esto.

—Fabricius —dije—, lo mejor sería volver. —Quise que mis palabras sonasen tranquilas pero sonaron gélidas.

—Doctor, atienda bien lo que le digo, *caramba*, pienso lo mismo que usted.

—¿Pero usted no conoce el camino?

—*Caramba* —balbuceó—, no sé dónde estamos.

—¿Al menos tendrá una idea aproximada? —preguntó mi mujer con voz temblorosa.

—Señora, creo que en la *Pampa del Infierno*.

Con más fuerza empuñé mi pistola.

—Fabricius, ¿ya estuvo alguna vez aquí?

—Doctor, no conozco esta región.

Di un respingo. La pistola saltó y tocó la sien de Fabricius. “¡Usted nos quiere secuestrar!” grité, ronco de cólera. La mano del *gallego* voló al cinto. Con la rapidez del rayo, mi mujer le apoyó la pistola en la nuca y lo inmovilizó. Fabricius seguía sentado, inmutable, observándome fijamente, y su mirada me decía que no mentía. “*Caramba*, doctor, usted debe haber leído muchos relatos de Sherlock Holmes. Preste atención a lo que le digo: no me gusta, *caramba*, escuche bien, no me gusta que la gente me sacuda la pistola delante de las narices. Mi Dios, doctor, atienda bien: lo que usted supone es falso, pero es posible que este desgraciado esté maquinando algo.” La expresión de Fabricius, mezcla de orgullo herido y miedo, era tan sincera que le creí.

“¡Atrás!” grité al oído del carrero, que no reaccionó y siguió castigando a los exhaustos caballos. De pronto sucedió algo que nunca habría esperado del enjuto barón von Fabricius. Cansado de que el hombre ignorara sus advertencias, lo tomó con gesto rápido por el cinto, lo alzó y lo arrojó al camino volando por los aires, mientras tomaba las riendas y hacía dar la vuelta a los caballos.

De pronto el *gallego* recuperó el habla. Aseguró con vehemencia que era inocente y admitió haberse extraviado. Le quitamos las armas, lo sentamos entre nosotros y desandamos el camino al galope. Pero esto no duró más de media hora pues cayó la noche inesperadamente, como suele suceder en las regiones subtropicales. Además, durante los últimos diez minutos casi no habíamos avanzado, porque los caballos estaban extenuados después de una marcha ininterrumpida de más de doce horas. Nos detu-

<sup>33</sup> Estará refiriéndose a los años de la posguerra en Alemania, con sus revueltas y guerrillas; véase el comienzo de la narración. (N. de la E.)

vimos, por ende, en una *pampita* y decidimos pasar allí la noche. En aquel momento pensamos que sería lo mejor, pero fue lo peor que podíamos haber hecho.

Nunca vi a nadie tan furioso como Fabricius, aunque ocultaba magistralmente su enojo bajo un manto de fría cortesía. No solo había quedado mal parado con respecto a sus conocimientos del lugar, sino muy dolido porque había desconfiado de él creyendo que intentaba secuestrarnos. Por cierto, fui injusto al desconfiar de él. Fabricius era un personaje de aquellos que rehúyen el trabajo; se las arreglan para medrar abusando de la benevolencia de sus amigos; viven pidiendo dinero prestado; lo reciben y aun así nunca tienen un centavo en el bolsillo. Sin embargo, nunca habría sido capaz de un acto vil, de una verdadera estafa. Era un explotador inofensivo de las debilidades y la bonachonería ajenas, un *gentleman* tan acabado que no precisaba recurrir al engaño. Era difícil resistirse a sus modales sugestivos.

Enganchamos los caballos y los acoplamos para que buscasen su alimento. Me llamó la atención que el carrero no les diese de beber, a pesar de la provisión de agua que llevaba. Los animales me daban lástima. Hoy sé que fue una argucia para obligarlos a galopar de vuelta a casa de noche, a pesar del hambre. Corrían acicateados por la sed, un tormento aún mayor.

Mi mujer preparó la cena, comimos y tomamos mate. El carrero hablaba sin cesar pero yo no soltaba mi arma, y pude observar que Fabricius hacía otro tanto. Le habíamos quitado las suyas y no se las habíamos devuelto. Así pasamos la noche, abatidos y desconfiando unos de otros. A las nueve, acomodamos a mi mujer y a los niños debajo de la chata y no tardaron en dormirse. El carrero se envolvió en su *poncho* después de ir a echar un vistazo a los caballos. Fue una lástima que no nos diéramos cuenta de ir con él, pues habríamos podido evitar que aprovechara la ocasión para soltarles las maneas. Pero yo era un *gringo* y, después de todo, Fabricius también lo era. Me mantuve despierto toda la noche, atendiendo a la respiración de mi familia y al comportamiento de Fabricius y el carrero, que durmieron toda la noche a pata tendida.

Las horas trascurrieron con interminable lentitud. Apenas clareó desperté a todos. No había noticia de los caballos. Después del mate, Fabricius ordenó al carrero que los enganchase. Los primeros rayos del sol asomaban detrás del monte. El carrero se incorporó con ademán impasible, observó cuidadosamente las huellas de las caballerías en el pasto y se dispuso a buscarlas. Como estaban acopladas —según creíamos—, no podrían estar muy lejos. Fabricius quiso unirse a la búsqueda, pero le pedí en tono firme que se quedase con nosotros. Lo aceptó, no sin comentar: “Doctor, preste bien atención a lo que le digo, *caramba*, escuche bien: usted sigue desconfiando de mí”. Lo admití abiertamente y le advertí que se cuidase de intentar cualquier cosa que pudiese aumentar mi desconfianza. Esto le fastidió sobremanera, pero reconoció que estaba en mi derecho exigirlo. Al instante volvió a estar alegre y de buen humor.

Pasó una hora, pasaron dos, tres horas y el *gallego* no volvía. Mi inquietud iba en aumento. Los chicos pedían agua. Fue entonces cuando, para nuestro espanto, vimos que las damajuanas estaban vacías y también había desaparecido el agua reservada a los caballos. Enseguida hicimos un

terrible descubrimiento: también había desaparecido la bolsa con los víveres. Fue tan sincero el horror que se apoderó de Fabricius que comprendí que no tenía nada que ver en el asunto. El carrero se había escapado, abandonándonos a nuestra suerte en este paraje desolado, expuestos al hambre y la sed. Había dejado a una inocente familia librada a una muerte atroz para apoderarse de sus bienes. Le bastaría con volver unos días más tarde, uncir los caballos al carro y esparcir los cadáveres por el bosque. Nadie le pediría explicaciones.

Nos fue invadiendo la desesperación. Repasamos el camino recorrido y calculamos que sería de al menos ochenta kilómetros, una distancia imposible de transitar a pie a través de una zona desértica carente de agua. Seguramente habríamos muerto de agotamiento antes de llegar a una aguada. Luego, de a poco, nos pusimos a deliberar. Había una tenue esperanza, pero esperanza al fin, de que algún *puestero* a caballo encontrarse nuestra huella y nos rastrease. Si seguíamos adelante no habría posibilidad de salvación; si nos quedábamos, había una leve probabilidad de que nos encontrasen. Lo más acuciante era el problema del agua. De hambre no moriríamos ya que abundaban animales salvajes y no nos faltaban armas ni municiones.

Fabricius sostenía que en una extensa *pampa* como aquella debía hallarse agua a escasa profundidad. Yo no sabía nada de esto. Estudió el terreno. Era una *pampita* de unas 50 hectáreas, una superficie llana cubierta de pasto parduzco delante de un espeso bosque. El *gallego* había detenido nuestro carro en medio de la *pampita*, pues todo jinete chaqueño procura encontrarse lo más lejos posible del bosque, que al menos en aquel entonces ocultaba amenazas de animales salvajes y de indios. En el centro de la planicie se estaba más seguro. Buscamos huellas pero no encontramos más que las propias. ¡Miércoles, si nos hubiésemos percatado el día antes no habríamos caído en la trampa del *gallego*!

Aunque Fabricius no ostentaba títulos muy presentables, fue finalmente su conocimiento del Chaco lo que nos salvó. Nos dijo que en el centro de estas extensas *pampas* suele haber agua dulce a escasa profundidad, en tanto que el bosque solo contiene agua salada; que esta agua dulce se anuncia por una mancha verde en medio del pastizal parduzco y que lo mejor que podíamos hacer era cavar un pozo. Esto nos quitó a todos un peso de encima. ¡Por supuesto, cavaríamos un pozo! Muy próxima a nuestro carro se encontraba una mancha de hierba verde, y al mirar con atención nos pareció que en el lugar había una pequeña hondonada. Abrimos la caja de herramientas que el canalla no había podido llevarse, pero nos faltaba la cuerda del pozo. Era grave. Por suerte disponíamos de varias docenas de cordeles para la limpieza de armas, que podríamos anudar unas a otras. Nos pusimos a cavar con empeño, a pesar del sol ardiente.

Con Fabricius me turnaba en cavar el pozo. Al mediodía habíamos alcanzado dos metros de profundidad. No dejaba de ser un buen desempeño, considerando que no estábamos acostumbrados a ese trabajo. Comenzamos a izar el balde lleno de tierra. Pero los cordeles nos cortaban las manos y el balde era demasiado pesado, de modo que vaciamos un tarro de mermelada y lo colgamos de los cordeles. Con este baldecito de juguete

seguimos extrayendo la tierra del pozo. Fue un trabajo agobiante y tedioso. La lengua se nos pegaba al paladar y nos costaba hablar. Mi mujer y los niños estaban muertos de sed, pero más lo estábamos nosotros que sudábamos a mares. Anocheció y habíamos cavado tres metros sin encontrar agua. En extremo abatidos, nos arrojamos sobre la hierba. Desperté varias veces durante la noche, perseguido por la sed y las pesadillas. Soñaba que me hartaba de beber agua junto a un río infinitamente grande, hasta que este me devoraba y me ahogaba. También los niños gemían de sed en sueños. A la mañana temprano cayó un poco de rocío y masticamos el pasto, como vacas. La humedad, por más que escasa, nos hizo bien. No teníamos qué comer pero, aun habiéndolo tenido, ¿cómo pasar un bocado por la garganta reseca?

Hacia el mediodía habíamos llegado a los cuatro metros de profundidad y allí la tierra apareció húmeda. Fabricius tomó un poco en la boca pero no pudo decir si era dulce o salada. Cavamos otra hora y la tierra apareció blanda como una papilla. Esta vez pudimos comprobar que el agua era indiscutiblemente dulce. Todos chupamos de esta tierra y nos hizo bien. Al anochecer el pozo medía cinco metros de profundidad pero, aunque la tierra ya estaba muy mojada, seguíamos sin llegar al agua. Totalmente extenuados, nos arrojamos sobre la hierba y nos dormimos en el acto.

Fue Fabricius quien despertó primero a la mañana siguiente. Se arrastró hasta el pozo, miró hacia abajo y pegó un grito gutural que me despertó. Tambaleando, me acerqué y miré hacia abajo. Se veía un reflejo plumizo. Fabricius quiso balbucear “agua” pero no lo consiguió. Nos quedamos petrificados mirando hacia abajo, hasta que por fin recordamos el baldecito. Con manos temblorosas lo hicimos descender y Fabricius lo extrajo lleno de agua. Agua, deliciosa agua dulce, fresca y de buen sabor como la que brota de un manantial. Nunca en la vida habíamos bebido agua tan exquisita. Fabricius bebió un poco mientras yo lo miraba con avidez; luego me pasó el baldecito. Lo vacié a grandes tragos. Por segunda vez hicimos bajar el balde, lo subimos con la deliciosa agua dulce y Fabricius pudo saciarse. Despertamos a mi mujer y a los niños. ¡Cuál no sería su alegría al recibir el más preciado don de Dios! En un abrir y cerrar de ojos se había vivificado nuestro ánimo y recuperamos fuerza y energía. Empezamos a sentir hambre. Teníamos una bolsa con yerba, pero faltaba la de los víveres. Afortunadamente, durante la travesía en barco mi mujer había recogido parte del exquisito pan que se arrojaba a diario por la borda. El Estado la había provisto de una caja y había llegado el momento de abrirla. Tomamos mate con pan duro y luego una sopa de pan que engullimos hasta que el estómago dijo basta. Nos pareció bastante sabrosa. Luego decidimos salir de caza. Mi mujer debía disparar tres veces —la conocida señal de alarma en las montañas— si se presentaba algo fuera de lo común.

Mientras nos deslizábamos sigilosamente a un costado del bosque con el rifle pronto para disparar, encontramos todo tipo de huellas de animales. Pasada media hora, vimos la huella fresca de la uña de un cérvido y nos internamos en el monte para seguirle el rastro. Unos diez metros más adelante, llegamos a un pequeño claro. Debo aclarar que las precipitaciones en el Chaco no alcanzan para formar un bosque tupido. El bosque

chaqueño consiste en múltiples claros pequeños en medio de un oquedal espinoso. En este pequeño claro de cerca de un cuarto de hectárea se hallaba un hermoso corzo, que nos miraba sorprendido. Posiblemente no se había topado jamás con un ser humano y el olor de este animal de rapiña le era ajeno. Quizá se preguntaba si era enemigo o amigo. Se mantenía quieto como una roca a escasos tres metros de Fabricius. Los matorrales espinosos me impedían llegar hasta mi compañero que, de pasmado que estaba, había olvidado disparar su arma. “¡Tire, tire, santo Dios, tire de una vez!” le susurré al oído. Finalmente sonó el disparo. En su asombro por el estampido que nunca había oído, el corzo dio un salto en el aire y volvió a plantarse, inmóvil, mirándonos con recelo. Acaso sopesaba si le convenía entrar a rivalizar con nosotros. El disparo había fallado. Yo ardía de rabia, hice a un lado a Fabricius y disparé mi arma. El corzo dio un salto en el aire y... se alejó plácidamente. Era evidente que no quería tener nada que ver con nosotros; éramos demasiado ruidosos. Ahí quedamos los dos, mirándonos con la boca abierta hasta que soltamos una carcajada. Esto interesó al corzo, que se acercó de nuevo, pero apenas alzamos los rifles volvió a alejarse al trote, desapareciendo en un monte vecino. Posiblemente recordaba que cada vez que alzábamos ese palo se producía un ruido desagradable. Nos afanamos detrás de él. Pocos metros más adelante se abrió otro claro, cubierto de hierbas de la altura de un hombre, donde pastaba un *guazuncho*<sup>34</sup> con su cría. El corzo se les aproximó y pareció comentar a doña Guazuncho acerca de los extraños animales que alzan una rama que despide fuego y humo y hace un ruido infernal. Esto pareció interesar a la corza, que era todo oídos y ojos, y no tardó en acercarse también la pequeña corzuela para escuchar. De vez en cuando, los tres torcían los ojos recelosos en nuestra dirección. Le grité a Fabricius que no se moviera de allí mientras me deslizaba hacia el otro lado del claro, y que no disparase hasta que no hubiese levantado el rifle con mi sombrero, en señal de llegada. Se me ocurrió esto para evitar que el animal se nos escapase, pues de pronto había perdido toda confianza en nuestras habilidades cinegéticas. Me apronté del otro lado y eché el sombrero sobre el rifle. Al punto escuché el tiro y el corzo se desplomó.

Entonces Fabricius me preguntó si seguía desconfiando de él. Lo negué, asegurándole que lamentaba no haberlo apreciado como merecía. Por esos días construimos un ranchito para que mi mujer y los niños estuviesen resguardados. Allí también guardamos las cajas para protegerlas de la lluvia. Esto dejaba poco lugar para los *catres* que habíamos fabricado pero, por precario que fuera, un techo era un techo y nos daba cierta sensación de bienestar. Fabricius colaboró con empeño en la tarea y luego nos comunicó el plan que tenía en mente. Iría a buscar al carrero y lo traería de vuelta aunque tuviese que ir a pie hasta Charata. Me pareció bien; ya era hora de saber dónde nos encontrábamos para poder decidir nuestro futuro. Habíamos recorrido los alrededores sin aventurarnos lejos, porque no sabíamos si el infame carrero andaba rondando la zona y acechando el momento oportuno para caernos encima. Lo único que pudimos averiguar fue

<sup>34</sup> Corzuela parda (*Mazama gouazoubira*), nativa de América. (N. de la T.)

que en tres o cuatro kilómetros a la redonda no había ningún asentamiento humano, ni siquiera de indios. Tampoco encontramos manadas ni huellas de ganado.

Un lunes por la mañana Fabricius se alejó. Se propuso regresar en una semana. Por cierto regresó, pero pasados los tres meses. Nos habíamos convertido en ermitaños como Robinson Crusoe, librados a nuestro propio destino y solos en la inmensidad del mundo, dependiendo de la caza para nuestro sustento. En este sentido no había nada que temer por el momento, ya que las presas de caza eran abundantes. Corzuelas, *charatas* (una gallina salvaje)<sup>35</sup>, de tanto en tanto una puesta de huevos; todo sin sal, que reemplazábamos por ceniza. Habíamos aprendido a preparar muchos alimentos a partir del *kéfir*<sup>36</sup>, el forraje para los caballos que habíamos traído con nosotros. También iniciamos una plantación y estaba prosperando. El *kéfir*, también llamado *kafir*, cocinado en agua, daba una especie de sopa, poco sabrosa pero alimenticia. También mezclábamos *kéfir* con agua y hacíamos una papilla espesa a la que añadíamos semillas remojadas, formando una especie de tortilla que asábamos en la ceniza ardiente y, más tarde, cocinamos o secamos en el horno. Nos raspaban la garganta pero tenían un gusto parecido al del pan. Si cazaba una corzuela —hacía rato que había dejado atrás mis escrúpulos—, la ordeñábamos de inmediato para darle unas gotas de leche a los niños. Si desmenuzábamos y hervíamos las semillas de *kéfir* tostadas, obteníamos café con leche. Con ciertas hierbas blandas del bosque, que además tenían un gusto salado, cocíamos verdura. Es verdad que al principio, hasta que el estómago se acostumbró, vomitábamos todo. Frutos no había ninguno en el monte que, por otra parte, no parecía albergar nada que fuese de utilidad. También cacé loros, pero aun la parte más tierna, el pecho, tenía la consistencia del cuero curtido de una vieja valija. Además la carne era muy amarga, ya que los loros están aficionados a alimentarse de los frutos del *quebracho blanco*. En una palabra, no vivíamos, apenas vegetábamos en medio de la indigencia y las necesidades más extremas, pese a lo cual no solo conservamos la salud sino el buen humor. Diría que en Europa nunca viví con mi mujer en tan completa armonía como en esta época de amarga miseria en el salvaje desierto del Chaco.

Aun vendrían días difíciles. Una mañana, el cielo se cubrió de lóbregas nubes y empezó a llover a mares. Durante nueve días y nueve noches llovió torrencialmente. La pequeña hondonada que habitábamos se llenó de agua, se transformó en una charca y tuvimos que correr a otro lado. Por suerte, Fabricius nos había aconsejado que levantásemos el rancho sobre una leve elevación a un costado de dicha hondonada. Esto lo salvó de hundirse por completo. Finalmente dejó de llover y dos días después, cuando el agua se hubo retirado, vimos que nuestro pozo había desapare-

<sup>35</sup> Ave arborícola (*Ortalis canicollis*) que se alimenta de frutos e insectos, oriunda de la Argentina y Bolivia. (N. de la T.)

<sup>36</sup> Puede ser una bebida fermentada, preparada con leche, saludable para la flora intestinal de los caballos. Pero se trata del sorgo que en alemán normalmente se llama *Sorgum*. Véase también la nota 8 del fragmento de la *Crónica de familia*. (N. de la T.)

cido. Se había hundido y solo quedaba un charco. Para colmo de males, durante la temporada de lluvias no hubo animales que pudiésemos cazar y subsistíamos exclusivamente a base del *kéfir* que ablandábamos en el agua. Estábamos medio muertos de hambre, comiendo *kéfir* sin sal ni grasa y a menudo imposibilitados de prender un fuego porque no había leña seca en ningún lugar. Por añadidura, estábamos empapados y muertos de frío. Fueron tiempos durísimos.

Sabíamos que debíamos cavar un nuevo pozo lo antes posible, antes de que se secase el charco. Nuestra vida dependía del agua. Esta vez decidimos cavarlo al borde de la hondonada.

Esto podrá parecer fácil de realizar cuando se lee, pero ¡cuánto esfuerzo, fatiga, callosidades y penurias! Para los poceros mismos cavar pozos es tarea ardua; imaginen lo que fue para personas que nunca habían realizado tareas físicas pesadas; más aun para una mujer como la mía, que provenía de una clase acomodada y en Europa nunca había tenido necesidad de pasar siquiera una escoba. A esto se agregaba la sed atroz y el temor pánico a desfallecer antes de encontrar agua y, en caso de llegar a ella, que no fuese agua dulce. Pues hay en el Chaco pozos que se encuentran uno *junto al otro*<sup>37</sup> y uno contiene agua dulce y el otro, salada.

Habrían pasado tres días después de terminar de cavar el pozo cuando vimos al primer hombre. Una mañana apareció un jinete que nos miró perplejo antes de atinar a saludarnos. Se trataba de un santiagueño. Hombre y caballo llevaban vistosos arreos de plata. Cuando finalmente arrancó a hablar lo hizo en un idioma que yo no conocía. Era *quechua*. Lo saludé en castellano. Aunque el hombre chapurreaba el castellano tan mal o quizá peor que yo, pude entender que trabajaba a solo media *legua* de distancia de allí en lo de un *puestero*. Quedamos boquiabiertos. Nos invitó a que lo visitásemos y esa misma tarde fui allí con mis hijos. Era hacia el oeste, una dirección que casi nunca habíamos tomado.

La propiedad del *puestero*, que llamaré González, era una especie de caserío donde vivían cerca de veinte personas, todas emparentadas. González tendría unos ochenta años pero se mantenía ágil y vigoroso como un hombre de cuarenta. Se le notaba que estaba acostumbrado a mandar y afrontar peligros. Su mujer, pequeña y apergaminada, debía rondar los setenta. En la extensa *pampa* pastaban enormes manadas de reses. Pegados a la casa había dos pozos, uno junto al otro. Cada uno tenía unos cuatro metros por cuatro de superficie y no más de tres de profundidad. Estaban prolijamente revestidos de madera. Uno de los pozos contenía agua dulce y el otro, salada. Alternativamente, ya uno ya otro era el pozo de aguas amargas, un fenómeno curioso que me tiene intrigado hasta el día de hoy. Al amanecer y al atardecer el ganado se acercaba al bebedero. Algo bueno que tiene el Chaco es que no es necesario encerrar la hacienda ni cuidarla mucho. Es seguro que al bajar el sol se acercará al bebedero; si falta una cabeza hay certeza de que le ha sucedido algo. El burro mueve el cubo por su cuenta; va y viene con la sogá de la que cuelga tantas veces como sea necesario

---

<sup>37</sup> Bastardillas del autor. (N. de la E.)

para que se llene el bebedero. El cubo se vacía solo. Estos burros son tan avispados que no dan un paso más que el necesario; una vez que el bebedero está lleno, por más que se les pegue no acarrearán otro balde. Conocen su trabajo y no harán más de lo que sienten es su obligación. Una vez que el ganado ha vaciado a medias el bebedero, se molestan en extraer nuevamente agua del pozo. Cuando los animales se han saciado, los burros vuelven a llenar el bebedero, beben a su vez hasta saciarse y luego exigen que se los deje en paz. Rebuszan interminablemente hasta que los desenganchan y pueden ir a pastar. Aparecerán luego puntualmente a la hora de llenar el bebedero.

En el hogar de González fuimos recibidos cordialmente, con la hospitalidad espontánea y cálida propia de los nativos<sup>38</sup>, que nunca resulta cargosa ni inoportuna. Al escuchar el relato de nuestras peripecias, el viejo González silbó entre dientes de un modo curioso. Pero no me mezquinaron su aprecio; por el contrario, hicieron notar que en parejas condiciones cualquier otro habría sucumbido. Al anochecer emprendimos el regreso a casa, rebosantes de dicha y cargados con queso, leche, tortillas de maíz, *charque*, una cabra viva de regalo para mi hija y un caballo para mi hijo. Mi mujer nos esperaba, preocupada. Prometieron visitarnos a la mañana siguiente.

Así sucedió: apareció todo un gentío, sorprendido y contento por la noticia de que allí se encontraba un *gringo*... que en realidad no lo era pues, de serlo, no habría sobrevivido; que había cavado sus propios pozos y encima era médico. Ese mismo día, tuve mis primeros pacientes. Me llamó la atención que los tres estuviesen heridos, pero pasó tiempo antes de saber de qué se trataba: habíamos ido a parar entre unos *cuatros* cuyo cabecilla era González. Era una de las bandas más temidas del Chaco, y la policía no podía echarle mano por el mero hecho de que tanto ella como los jueces de paz pertenecían a la misma.

Como los tres heridos se curaron con sorprendente rapidez sin gran mérito de mi parte, no tardó en crecer mi reputación de buen médico. El trabajo me llovía y llegué a tener cerca de cincuenta enfermos por día. Está visto que el ser humano no puede evadir su destino. En Charata, tanto como en Buenos Aires, había rehusado desempeñarme como médico y terminé siendo médico entre mestizos y *gauchos*. ¡Oh, destino, qué cabriolas nos haces dar!

Con el dinero en efectivo había un problema, pues brillaba por su ausencia. La gente pagaba con víveres, gallinas, caballos, vacas, cabras, ovejas... en una palabra, con aquello de lo que disponía. Creo que si me hubiese quedado allí, con el tiempo habría llegado a ser un *estanciero*, como había soñado. A modo de honorario, tres pacientes me ayudaron a construirme una choza mejor. En ocho días estuvo en pie, pues los santiagueños saben

---

<sup>38</sup> El término alemán *Naturvölker* (pueblos originarios o naturales, acuñado a fines del siglo XVIII por Johann Gottlieb Herder; véase en el artículo de Lazzari la nota 15) está aquí utilizado por Ruez por extensión, en un sentido poco estricto. El nombre González caracteriza como criollo al gaucho del que habla, pero los criollos no pertenecen a la población originaria o natural, aunque el uso académico permita extender el sentido a este grupo. Ruez distingue claramente los indígenas de los criollos. (N. de la T.)

trabajar muy bien la madera. En comparación con lo que habíamos construido Fabricius y yo, era un verdadero palacio. A cambio de unas armas, me agenció un magnífico caballo de silla: un “cazador de avestruces”; otro fue para mi hija y una mula para mi mujer. Fue un capricho de ella. Sabe Dios por qué se le había metido en la cabeza tener una mula. Hubo un revuelo en el vecindario porque no era apropiado que una *doña* montase una mula, debía montar una yegua. Sin embargo, ella persistió en quedarse con la mula, que resultó ser un animal estupendo y más manso que nuestros caballos. Nosotros mismos nos fabricamos las sillas de montar con unos cueros de vaca que nos habían regalado, siguiendo la costumbre argentina que copié de don González. Debo decir que nunca más en la vida me sentí tan seguro y cómodo sobre una montura como sobre estas sillas fabricadas por mí mismo<sup>39</sup>.

Al cabo de pocas semanas habíamos dejado atrás toda preocupación concerniente a la comida y nos habíamos convertido en personas distinguidas. Se suele hablar muy mal de los santiagueños, al igual que de los correntinos. Por eso debo señalar que en toda mi vida no encontré amistad más noble ni ayuda más abnegada que la que recibí en aquel entonces de los santiagueños poseedores de ganado hurtado: cuatreros malvados que en poco apreciaban vidas ajenas, ocupaban terrenos fiscales sin pagar un centavo de arrendamiento y eran temidos por los colonos y aun más por la policía. Toda la ropa y adornos de los que podíamos prescindir fueron a parar a sus manos a cambio de implementos de labranza y animales.

Con ayuda de estos vecinos cultivamos la tierra e iniciamos la construcción de una casa hecha y derecha como corresponde a un médico y *estanciero*. Constaba de tres habitaciones, cocina y dos galerías. Talé con mis propias manos quinientos tronquitos de *quebracho colorado y blanco* en el bosque y los cargué sobre mis hombros hasta la casa. (Cada tronco tenía unos 20 a 30 centímetros de diámetro y 3 metros de largo). Los ajustábamos a la cincha de los caballos y mis hijos, montados, los llevaban de la linde del bosque hasta el terreno donde se encontraba la obra en construcción. Con ayuda de mis vecinos, yo mismo realicé la tarea de construir la casa.

Cubrimos la construcción con un techo de adobe del grosor de un metro. Fue un trabajo descomunal, pero mantenía el interior fresco y totalmente impermeable. Revocamos las paredes interiores con barro, las alisamos y las recubrimos con ceniza y savia de cactus columnar, lo que les dio una hermosa tonalidad gris plateada. La casa no solo era a prueba de balas —ni un proyectil de ametralladora puede perforar el *quebracho*—, sino que era muy fresca en verano y tibia en invierno. Nunca más en mi vida disfruté tanto de una casa. Hoy mismo volvería a cambiarla por cualquier otra, si junto con ella pudiese volver al pasado.

Cada noche caíamos como muertos en las camas o, mejor dicho, en los *catres* que hacían las veces de cama y solían estar armados al aire libre en la galería. No teníamos el menor contacto con el mundo civilizado ni lo extrañábamos. Vivíamos nuestras vidas felices y satisfechos, andábamos

<sup>39</sup> Tal vez fueran recados. (N. de la T.)

medio desnudos para cuidar la ropa y comíamos lo que nos aportaba la caza, mi profesión y lo que producíamos. Así y todo, rebosábamos salud y estábamos libres de “nervios”.

Habrían pasado tres meses cuando un buen día apareció Fabricius a caballo, acompañado por nuestro carrero, con seis caballos. Fue una sorpresa, aun mayor al ver que venía arrastrando una gran bolsa llena de manjares y una damajuana de vino. El *gallego* se deshacía en cumplidos, pero cuando quiso disculparse Fabricius lo paró en seco.

Una vez que los demás se hubieron retirado a dormir y Fabricius y yo nos quedamos solos disfrutando de una copita de vino, me contó de sus andanzas. Sabiendo que tenía fama de embustero, hizo notar de entrada que esta vez no fabularía, sino que se atendería rigurosamente a la verdad. Me contó que siguió las huellas de la *chata* y pudo descubrir que el *gallego* había juntado la tropilla y la había llevado a Charata. A Fabricius no le quedó más remedio que ir tras él. No quería perder tiempo regresando a darnos la noticia, ya que daba por sentado que lo supondríamos. El infame carrero había tomado con los caballos una dirección diferente de la que había llevado con nosotros; de mala fe nos había guiado a una zona despoblada para borrar los rastros. Siguió contando que, después de recorrer unas dos *leguas*, encontró a un *puestero* que también había recibido la visita del *gallego*. Este hombre le prestó un caballo y Fabricius le encargó que viera cómo ayudarnos. Mucho se sorprendió al enterarse de que no lo había hecho.

En Charata no pudo dar con nuestro carrero, que se había esfumado inmediatamente después de restituir los caballos. (Más tarde supimos a qué se debió esto, pero no quiero adelantarme.) Se le había metido en la cabeza que le pediría explicaciones y fue tras él. Al principio no tuvo suerte, pero unos ocho días antes de nuestro reencuentro regresó a Charata y pudo atraparlo. Como ya habían pasado tres meses, el bribón regresó, confiado en que nada le sucedería. Medio ebrio y riendo a carcajadas, contó a Fabricius que el médico holandés y el farmacéutico le habían encargado que llevase al *gringo* a la *Pampa del Infierno* y lo abandonase allí a su suerte. A cambio de ello recibiría todas nuestras pertenencias. Admitió que había vaciado las damajuanas de agua y robado las provisiones para no tener que esperar mucho antes de esparcir nuestros huesos por el bosque. Las cosas no se dieron así, en parte por obra nuestra y en parte porque se presentaron acontecimientos que lo indujeron a ponerse a resguardo. Finalmente propuso a Fabricius buscar y compartir el botín, ya que los *gringos* hacía rato que estarían convertidos en materia putrefacta. Fabricius accedió con entusiasmo y agregó que, para festejar en el lugar, también podrían disponer del vino y las provisiones que el carrero no había querido consumir por parecerle algo sospechosas.

Imaginen la sorpresa del canalla cuando, en lugar de encontrar nuestra osamenta, nos halló en perfecto estado y fuera de peligro, rodeados de cierto lujo poco usual en aquellos parajes. Sin embargo, como consumado farsante que era, se repuso de inmediato y adoptó una pose de cordial amistad.

Fabricius me expresó sin rodeos su admiración por lo que habíamos logrado durante su ausencia. Agregó que hubiese deseado que yo volviese con él a Charata pero entendía que mi estancia en el lugar era “divina”, y quiso saber si podía visitarme cuando sus negocios se lo permitieran. Le respondí que contara con mi permanente hospitalidad e hiciese frecuente uso de ella. Agregó que al día siguiente ajustaría cuentas con el malhechor y regresaría luego a Charata para atender sus negocios. Le rogué que no hiciese tonterías, porque el sujeto no merecía que se manchase las manos de sangre por su culpa.

“¡Preste bien atención a lo que le digo, *caramba!* ¡Escuche bien, querido doctor, ya le dije que tengo que ir con este tipo a Charata, ¿creyó que me refería a que iría con su cadáver?”

Nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente antes de clarear ya estaba Fabricius en pie. Me desperté cuando lo oí hachando leña en el bosque. “¡Hombre!”, me dije “¿a qué se debe tanto afán?”. A su regreso, yo ya había preparado el mate y mi familia se había levantado. El carrero se mostraba un poco abatido. Parecía desconfiar de alguien y de algo. Fabricius tomó tranquilamente su mate; luego se levantó, extrajo el revólver y se lo refregó al *gallego* por las narices. Mi mujer y mis chicos lanzaron un grito de terror, pero Fabricius se limitó a decirle “vamos”, mientras hacía un gesto tranquilizador con la mano en dirección a mi mujer. Pero el carrero vaciló y esto sacó a Fabricius de sus casillas.

“¡Por Dios, Fabricius!”, dije escandalizado. “¡No pensaré pegarle un tiro aquí delante de nosotros!”

Fabricius me aplacó y se limitó a invitarme a acompañarlos para mostrarme cómo se procedía en el Cáucaso con esta chusma. Me ahorro los detalles. Sea como fuere, lo forzó a confesar sus fechorías y logró que firmara una declaración, que redactamos a las corridas. Luego llevó al convicto y confeso carrero de vuelta a Charata.

Quiero recalcar que el *gallego* admitió que había sido sobornado por el médico y el farmacéutico, y había tenido toda la intención de asesinarnos o dejar que sucumbiésemos en aquel paraje a cambio de hacerse con nuestras pertenencias.

Después de ocho días Fabricius regresó, cargado de provisiones y suculentos manjares. Venía acompañado por el comisario de Charata. Aunque sin motivo, me hizo sentir un poco tenso. Pero el comisario no fue más allá de tomarnos declaración y levantar un acta. Naturalmente, no hicimos mención del interrogatorio “a la Caucasus” al que el *gallego* había sido sometido.

Al informarme sobre la suerte del belicoso carrero, supe que cuando era transportado a Resistencia, capital del Chaco, “intentó fugarse y fue muerto a tiros”...

La presencia de los policías respondió, además, a otro motivo: el de llevarse preso al viejo González. Lo lamenté sinceramente. Bien es cierto que era un cuatrero, pero con nosotros se había portado como un buen amigo.

Ocho días más tarde supe que González había muerto en la cárcel de Piñedo, víctima de una pulmonía. Tuve fuertes sospechas de que esa “pul-

monía” fue resultado de una inyección de varias pulgadas de hierro frío o algunos gramos de plomo.

Fabricius permaneció cuatro semanas con nosotros. Un día llegó una patrulla policial, le entregó una carta y salió con ella, cabalgando a todo lo que daba. En el transcurso del año siguiente nos visitó algunas veces y siempre nos hacía pasar momentos amenos. Luego no supe más de él.

Permanecí durante más de un año en esta *pampa*. Aún hoy, pasados treinta y cinco años, lamento haberla dejado, respondiendo a las insistentes demandas de mi clientela charatense. Nunca volví a ser tan feliz como lo fui cuando viví allí, haciendo de médico entre indios, mestizos, *gauchos* y *cuatreros*. Pues la felicidad del ser humano no consiste en tenerlo todo, sino en poder prescindir de todo. Nadie me devolverá la paz de aquellos días.

*Dr. Luis Ruez  
Misiones, Argentina*